

Además...

SUPLEMENTO DOMINICAL DE "LA REPUBLICA" CON ESTE CONTENIDO:

- * Los maestros de la literatura policial: LA AVENTURA DE WISTERIA LODGE (Novela Completa de Sherlock Holmes), por Arthur Conan Doyle.
- * LA CASITA DE PABLO (Poema), por Alfonso Guillén Zelaya.
- * HISTORIA DEL PODER EJECUTIVO EN COSTA RICA, por Rafael Obregón Loria.
- * ANECDOTARIO NACIONAL, Por Carlos Fernández Mora.
- * De Germán Arciniegas: EL MACARTHYSMO y EL DIABLO DE PAPINI.
- * PENTECOSTES, por Salvador Jiménez Canossa.
- * PANORAMA ACTUAL DEL CINE FRANCES.
- * Los libros y los días: SOBRE UNA NOVELA "EXPERIMENTAL" INGLESA, por Ramón Sender.
- * CARTAS DE LUZ DEL ALBA.

San José, Costa Rica, 6 de Junio de 1954

Nº 100

"LA AVENTURA DE WISTERIA LODGE"

CAPITULO I

Por Sir Arthur Conan Doyle

ENCUENTRO anotado en mi libreta que era un día nublado y airoso, a fines de Marzo del año 1892. Holmes había recibido un telegrama mientras almorzábamos y había garabateado una respuesta. No hizo ningún comentario, pero el asunto siguió en sus pensamientos, porque después del almuerzo permaneció de pie frente a la chimenea, con expresión pensativa, fumando su pipa y dirigiendo una mirada ocasional al mensaje. De pronto se volvió hacia mí con cierto brillo malicioso en los ojos.

—Supongo, Watson, que debemos considerarlo como un hombre de letras — dijo. — ¿Cómo definiría usted la palabra 'grotesco'?

—Extraño... notable... — sugerí.

Sacudió la cabeza negativamente ante mi definición.

—Seguramente hay algo más que eso — murmuró, — cierta oculta sugestión de lo trágico y de lo terrible. Si enfoca su mente hacia algunos de esos relatos con los que ha martirizado a su sufrido público, reconocerá cuán frecuentemente lo grotesco se ha internado en lo criminal. Recuerde ese asuntillo de los pelirrojos. Eso fué bastante grotesco al principio, y, no obstante, terminó en un desesperado intento de robo. O, tome usted por caso, el por demás grotesco asunto de las cinco semillas de naranja, que nos condujo rectamente a una conspiración homicida. La palabra siempre me pone alerta.

—¿La mencionan allí? — pregunté.

Leyó el telegrama en alta voz: He tenido la más increíble y grotesca experiencia. ¿Puedo hacerle una consulta?

SCOTT ECCLES

.Oficina Postal. Charing Cross..

—¿Será un hombre o una mujer? — pregunté.

—¡Oh, un hombre, desde luego! Ninguna mujer habría enviado un telegrama con contestación pagada. Habría venido.

—¿Y piensa recibirlo?

—Mi querido Watson, usted sabe cuán aburrido he estado desde que encerramos al Coronel Carruthers. Mi máquina es como un motor desbocado, que se hace pedazos si no se le conecta con el trabajo para el cual fué creado. La vida es vulgar; los periódicos son estériles; la audacia y el romance parecen haber desapareci-

— Publicada por arreglo con los herederos de Sir Arthur Conan Doyle. Derechos mundiales reservados. Ilustraciones registradas, 1954, por King Features Syndicate. Prohibida la reproducción parcial o total).

do para siempre del mundo criminal. ¿Puede usted preguntarme, entonces, si estoy dispuesto a internarme en un nuevo problema, por trivial que parezca? Pero aquí, a menos que esté equivocado, está nuestro cliente.

Se escuchó un paso mesurado en las escaleras y un momento más tarde fué introducido en la habitación un hombre alto, grueso, canoso y solemnemente respetable. La historia de su vida estaba escrita en sus facciones gruesas y en sus modales pomposos. Desde sus brillantes botines hasta sus anteojos con arillos de oro era un conservador, asistente formal a la iglesia, buen ciudadano, ortodoxo y convencional al último grado. Pero alguna asombrosa experiencia había trastornado su natural compostura, dejando su huella en el alborotado cabello, las mejillas encendidas y cierta excitación en los modales. Instantáneamente abordó el asunto que lo había llevado a nosotros.

—He tenido una experiencia por demás singular y desagradable, señor Holmes dijo. — Nunca en mi vida me había visto colocado en tal situación. La furia parecía hincharlo y le hacía lanzar resoplidos.

—Tenga usted la bondad de sentarse, señor Eccles — dijo Holmes con voz tranquilizadora. — ¿Puedo preguntarle, ante todo, por qué recurrió a mí?

—Bueno, señor, no parecía ser un asunto que correspondiera a la policía y, sin embargo, cuando haya usted oído los hechos, debe usted admitir que no podía dejar las cosas como estaban. Los detectives privados son un tipo de personas hacia quienes no siento ninguna simpatía, pero habiendo oído mencionar su nombre.

—Comprendo. Pero, en segundo lugar, ¿por qué no acudió us-

ted a mí de inmediato?

—¿Qué quiere decir?

Holmes consultó su reloj.

—Son las dos y cuarto — dijo.

—Su telegrama fué despachado aproximadamente a la una. Pero nadie puede mirarle sin comprender que su inquietud data del momento en que despertó.

Nuestro cliente se alisó el alborotado cabello y palpó su barbilla sin afeitarse.

—Tiene usted razón, señor Holmes. No concedi ninguna atención a mi arreglo personal. Me sentía demasiado ansioso por salir de esa casa y me bastó con haber podido hacerlo. Pero he estado haciendo averiguaciones antes de acudir a usted. Fui a ver a los agentes de la casa, sabe usted, y me dijeron que la renta del señor García estaba pagada y que todo se encontraba en perfecto orden en Wisteria Lodge.

—Vamos, vamos, señor — dijo Holmes, riendo. Es usted como mi amigo, el Dr. Watson, que tiene el mal hábito de contar sus historias comenzando por el fin. Por favor, reláteme en orden cronológico qué acontecimientos le han hecho salir sin afeitarse, con botines de gala y el chaleco mal abotonado.

Nuestro cliente bajó la mirada, lleno de confusión, hacia su poco convencional apariencia.

—Realmente he pecado de descuido, señor Holmes; pero permítame contarle todo este extraño asunto.

Pero su relato fué interrumpido antes de iniciarse. Se escuchó un gran barullo afuera y la señora Hudson abrió la puerta para permitir pasar a dos robustos individuos, uno de los cuales era bien conocido para nosotros como el Inspector Gregson, de Scotland Yard, un oficial, enérgico, valiente y, dentro de sus limitaciones, capaz. Estrechó la mano de Holmes y presentó a su compañero como el Inspector Baynes, del condado de Surrey.

—Andamos cazando juntos, señor Holmes, y nuestra pista nos trajo en esta dirección — dijo Gregson, volviendo sus ojos de bulldog hacia nuestro visitante.

—¿Es usted el señor John Scott Eccles, de Popham House, Lee?

—El mismo.

—Le hemos estado siguiendo toda la mañana.

—Deben haberlo localizado a través del telegrama, supongo — exclamó Holmes.

—Exactamente, señor Holmes. Empezamos a olfatear en la Oficina Postal de Charing Cross y la pista llegó hasta aquí.



Copyright 1954 King Features Syndicate, Inc., World rights reserved.

"El criado le entregó una no fa..."

—¿Por qué me siguen? ¿Qué desean?

—Queremos una declaración, señor Scott Eccles, acerca de los acontecimientos que concluyeron con la muerte del señor Aloysius García, de Wisteria Lodge, cerca de Esher.

Nuestro cliente se había erguido en su asiento, con ojos agrandados por la sorpresa, y todo rastro de color desapareció de su sombrado rostro.

—¿Muerto? ¿Dice usted que ha muerto?

—Sí, señor, ha muerto.

—Pero, ¿cómo? ¿Un accidente?

—Fué asesinado, tan seguramente como que estoy aquí.

—¡Santos Cielos! ¡Esto es terrible! No me vayan a decir... no me vayan a decir que estoy bajo sospecha.

—Una carta de usted fué encontrada en el bolsillo del muerto y sabemos por ella que había usted planeado pasar la noche en su casa.

—Así lo hice.

—Oh, así que estuvo usted allí, ¿eh?

Inmediatamente salió a relucir el libro de notas oficial.

—Espere un momento, Gregson

—dijo Sherlock Holmes. —Todo lo que usted desea es una simple declaración, ¿no?

—Y es mi deber advertir al señor Scott Eccles que lo que diga podría ser usado en su contra.

—El señor Eccles iba a hacernos el relato cuando entraron ustedes. Creo, Watson, que un poco de cognac con soda no le haría ningún daño. Ahora, señor, su giero que proceda usted con su narración.

Nuestro visitante había engullido de un trago el cognac y el color había vuelto a su rostro. Con cierta desconfiada mirada al libro de notas del inspector, inició su extraordinaria declaración.

—Soy soltero — dijo, —y siendo de carácter sociable, cultivo gran número de amigos. Entre ellos se encuentra la familia de un fabricante de cerveza, ya retirado, apellidado Malville, que vive en Albemarle Mansion, en Kensington. Fué en su mesa en donde conocí hace varias semanas a un joven llamado Aloysius García. Era, tengo entendido, de ascendencia española y estaba conectado de algún modo con la embajada. Hablaba perfecto inglés, sus modales eran agradables y era uno de los hombres más apuestos que he visto en mi vida.

—De algún modo entablamos rápidamente amistad este joven y yo. Pareció simpatizar conmigo desde un principio y dos días después de conocernos vino a visitarme a Lee. Una cosa llevó a la otra y aquella visita terminó con su invitación para que pasara unos días en su casa, Wisteria Lodge, entre Esher y Oxshott. Ayer por la tarde me dirigí a Esher.

Ya me había descrito a los miembros de su casa. Vivía con un criado, español también, que cuidaba de todas sus necesidades. Este hombre hablaba inglés y dirigía todo lo relativo a la administración de su casa. Tenía un cocinero, dijo, mestizo, a quien había contratado en uno de sus viajes, que podía preparar muy buenas cenas. Recuerdo que comenté que la suya era una servidumbre bastante extraña para encontrarse en el corazón de Surrey y yo estuve de acuerdo con él, aunque resultó bastante más extraña de lo que pensaba.

—Me dirigí a aquel lugar — aproximadamente a dos millas al sur de Esher. La casa era bastante grande, a cierta distancia del camino, y se llegaba a ella por un sendero curvo bordeado de altos arbustos de siempre-viva. Era un

LA CASITA DE PABLO

La casita de Pablo era verde y tendida como un ala en el mar: y en las grandes mareas semejava una vida que por miedo al naufragio se pusieron a rezar.

La casita de Pablo, siempre estuvo vestida de bejucos del monte y en flor: era el altar donde el sol y los pájaros, en cada amanecida, celebraban la misa primera del lugar.

La casita de Pablo, después quedó desierta, sin misas y sin flores, ¡como una cosa muerta! De Pablo ahora dicen que yerra sin parar;

y del espacio humilde donde hiciera su nido, que perduran apenas, impidiendo el olvido, cuatro postes rebeldes a los golpes del mar.

ALFONSO GUILLEN ZELAYA
(Hondureño)

viejo edificio semiderruido, en un estado de absoluto abandono. Cuando mi carruaje atravesó el sendero cubierto de hierba y me llevó hasta la puerta, manchada y ajada por el tiempo, empecé a dudar de la sensatez de mi visita a un hombre a quien conocía tan superficialmente. El mismo abrió la puerta, sin embargo, y me saludó con grandes muestras de cordialidad. Después se hizo cargo de mí el criado, un homprecillo obscuro y melancólico, que me mostró el camino, llevando mi maleta en la mano, hacia mi alcoba. Todo el lugar era deprimente. Nuestra cena fué tete-a-tete y, aunque mi anfitrión hizo lo posible por mostrarse amable y divertido, sus pensamientos parecían distraerse con frecuencia y a ratos hablaba de modo tan vago que apenas acertaba a comprenderle. Continuamente tamborileaba con los dedos en la mesa, se mordisqueaba las uñas y daba otras señas de nerviosa impaciencia. La cena misma no estuvo ni bien servida, ni mejor preparada, y la lúgubre presencia del taciturno criado no avivó mucho la situación que digamos.

Hay algo que acude a mi memoria, que quizás tenga alguna importancia en el asunto que ustedes están investigando, caballeros. De momento no significó nada para mí. Ya casi para finalizar la cena, el criado entregó una nota a mi anfitrión, que le había sido traída. Noté que, después de leerla, García parecía aún más distraído que antes. Renunció a toda pretensión de charla y permaneció sentado, fumando una interminable cadena de cigarrillos, sumido en sus pensamientos. Sin embargo, no hizo ningún comentario respecto a su contenido. Ya cerca de las once me mostré encantado de poderme retirar. Algún tiempo después García se asomó a mi alcoba —la habitación se encontraba a oscuras para entonces— y me preguntó si había llamado. Le dije que no. Se disculpó por haberme molestado siendo tan tarde ya, comentando que era cerca de la una. Poco después con cillé el sueño y dormí profundamente toda la noche.

Y ahora llego a la parte asombrosa de mi historia. Cuando desperté era ya pleno día. Miré mi reloj y vi que eran casi las nueve.

Había suplicado, de modo particular, q' se me despertara a las ocho, así que me sentí muy incomodado. Salté de la cama y toqué la campanilla llamando al criado. Nadie respondió. Llamé una y otra vez, con el mismo resultado. Entonces me vestí y lancé escaleras abajo para pedir un poco de agua caliente. No había nadie allí. Lancé voces en el vestíbulo. No recibí respuesta alguna. Corrí de habitación en habitación. Todo estaba desierto. Mi anfitrión me había mostrado la noche anterior cuál era su alcoba, así que llamé a la puerta. No obtuve respuesta. Dí vuelta a la perilla de la puerta y entré. La habitación estaba vacía; nadie había dormido en la cama. El anfitrión extranjero, el criado extranjero, el cocinero extranjero... ¡todos se habían desvanecido en la noche! Ese fué el fin de mi visita a Wisteria Lodge.

Holmes se frotó las manos y sonrió mientras comentaba:

—Su aventura parece realmente única. ¿Puedo preguntarle, señor, qué hizo entonces?

—Me enfurecí. Mi primera idea fué que había sido la víctima de alguna broma absurda. Empaqué mis cosas, cerré de un portazo y me marché rumbo a Esher, con mi maleta en la mano. Llamé a los hermanos Allan, que son los principales agentes de bienes raíces de la región y me enteré que la villa había sido rentada a través de ellos. Se me ocurrió que el objeto principal de aquella rápida desaparición podía ser el deseo de no pagar la renta. Estamos a fines de mes, así que aquello era factible. Pero el agente me dijo que la renta había sido pagada por adelantado. Me dirigí a la Embajada de España. García era desconocido allí. Después de esto fuí a ver a Melville, en cuya casa había conocido a García, pero descubrí que sabía muy poco acerca de él. Finalmente, cuando obtuve respuesta de usted a mi telegrama, vine hacia acá. Pero ahora, señor Inspector, de lo que dijo usted al entrar aquí, parece que ha ocurrido una tragedia. Puedo asegurarle que todo lo que he dicho es estrictamente la verdad y que, fuera de lo que yo he declarado, no sé absolutamente nada más acerca del destino de este hombre. Mi único deseo es ayudar a la ley en lo posible.

—Estoy seguro de ello, señor Scott Eccles... estoy seguro de ello — murmuró el Inspector Gregson en tono muy amable. — Puedo decirle que todo lo que usted ha dicho concuerda íntimamente con los hechos, tal como han llegado a nuestro conocimiento. Por ejemplo, tiene usted la cuestión de esa nota que llegó durante la cena. ¿Por casualidad ob servó qué se hizo de ella?

—Sí. Noté que García la hacía una bola y la arrojaba al fuego.

—¿Qué me dice a eso, señor Baynes?

El detective del condado era un hombreillo mofletudo y rubicundo, cuyo rostro era redimido por dos ojos extraordinarios brillantes, casi ocultos tras los gruesos pliegues de la frente y las mejillas. Con una lenta sonrisa extrajo de su bolsillo un pedazo de papel descolorido, cuidadosamente doblado.

Holmes mostró su satisfacción con una sonrisa.

—Debe usted haber examinado la casa muy cuidadosamente para encontrar un pedazo de papel dentro de la chimenea.

—Así lo hice, señor Holmes. Es mi modo de hacer las cosas.

—¿Puedo leerlo, señor Gregson?

El policía londinense asintió con la cabeza.

—La nota está escrita en papel ordinario, sin marca alguna de fábrica. Es un cuarto de hoja, cortada con tijeras pequeñas. Ha sido doblada tres veces y sellada con lacre púrpura, puesto apresuradamente y presionado con un objeto plano y ovalado. Está dirigida al señor García, Wisteria Lodge, dice así:

Nuestros propios colores, verde y blanco. Verde abierto, blanco cerrado. Escalera principal, primer corredor, séptima a la derecha, tapete verde. Buena suerte. D.

Está escrita por una mujer, con una pluma de punta afilada, pero el domicilio está escrito con otra pluma o fué escrito por otra persona. La letra es más gruesa y los rasgos más marcados como puede usted ver.

—¡Notable! — dijo Holmes con entusiasmo. — Debo felicitarle, señor Baynes, por su atención a todos los detalles. Pueden añadirse unos cuantos puntos más sin importancia. El sello ovalado es indudablemente una simple mancuerna, ¿qué otra cosa puede haber con esa forma? Las tijeras eran curvas, para uñas. Aunque los dos cortes hechos son pequeños, puede usted distinguir claramente la misma ligera curva que hace el corte.

El detective sonrió. — Pensé que había exprimido hasta la última gota de jugo, pero veo que quedaba aún algo en el fondo, — dijo.

El señor Scott Eccles se movió en su asiento.

—Me alegro de que hayan encontrado la nota, puesto que corro bora mi historia, — dijo. — Pero aún no he oído qué sucedió al señor García, ni qué fué de su servidumbre.

—En cuanto a García, — dijo Gregson, — fué encontrado muerto esta mañana, a casi una milla de su casa. Su cabeza había sido aplastada con pesados golpes de un saco de arena o un instrumento semejante, que aplastó, más que hirió. Es un lugar solitario; no hay una sola casa a un cuarto de milla del lugar. Aparentemente fué atacado por la espalda y su asaltante lo continuó golpeando aún después de muerto. No hay pisadas, ni ninguna otra pista que señale a los criminales.

—¿Fué robado?

—No, no hubo el menor intento de robo.

Esto es muy doloroso... doloroso y terrible— dijo el señor Scott Eccles con voz quejumbrosa, — pero, ¿cómo fué que me encontraron mezclado con el caso?

—Muy sencillo, señor— contestó Baynes. —Lo único que encontramos en su bolsillo fué una carta de usted diciendo que estaría con él en la noche de su muerte. El sobre de esa carta nos dió el nombre y la dirección de la víctima. Fué después de las nueve de esta mañana que llegamos a su casa y encontramos que ni usted ni nadie más estaba en ella. Telegrafí al señor Gregson para que lo localizara en Londres mientras yo examinaba Wisteria Lodge. Entonces vine a la ciudad, me reuní con él y aquí estamos.

—Pienso ahora, —dijo Gregson— que será necesario dar a todo esto cierto carácter oficial. Le suplico que nos acompañe a la estación, señor Scott Eccles, para que nos haga su declaración por escrito.

—Ciertamente, iré con mucho gusto. Pero retengo sus servicios, señor Holmes. Deseo que no se detenga en gastos ni en molestias para averiguar la verdad.

Mi amigo se volvió al inspector rural.

—Supongo que no tendrá usted objeción alguna a que colabore con usted, señor Baynes...

—Me sentiré altamente honrado de que lo haga, señor, puede estar seguro.

—Parece que usted se comportó de modo perfectamente ordenado en todo lo que ha hecho. ¿Hubo algo que indicara, puedo preguntar, la hora exacta en que murió el hombre?

—Debe haber sido alrededor de la una. Llovió a esa hora y su muerte ocurrió ciertamente antes de la lluvia.

—Pero eso es absolutamente imposible, señor Baynes! — protestó nuestro cliente. —Su voz es inconfundible. ¿Podría jurar q' habló conmigo en mi alcoba exactamente a esa hora!

—Singular, pero de ningún modo imposible, —dijo Holmes sonriendo. —Por cierto, señor Baynes, ¿encontró usted algo notable, además de esta nota, en la casa?

El detective miró a mi amigo de modo singular.

—Había —dijo—, una o dos cosas muy notables. Quizás cuando haya terminado en la estación de policía quiera usted venir conmigo y darme su opinión al respecto.

—Estoy completamente a su servicio —dijo Holmes, haciendo sonar la campanilla. —Tenga la bondad de acompañar a estos caballeros a la puerta, señora Hudson y hágame el favor de enviar este telegrama con el mozo.

Nos quedamos sentados por algún tiempo, en silencio, después de que nuestros visitantes se marcharon. Holmes fumó incesantemente con su ceño fruncido ensombreciendo sus agudos ojos.

—Bueno, Watson, —dijo por fin—, ¿qué saca en conclusión de todo esto?

—Bien tomando en cuenta la desaparición de los compañeros del hombre, yo diría que éstos lo mataron y huyeron de la justicia. ¡Esa es ciertamente una probabilidad. Pero pensándolo bien debe Ud. admitir, sin embargo que es muy extraño q' sus dos criados hayan estado en conspiración contra él y que lo hayan atacado exactamente en la noche que tenía un huésped. Lo tenían sólo y a su merced, todas las otras noches de la semana.

—Entonces, ¿por qué huyeron? —Exactamente. ¿Por qué huyeron? Esa es una cosa muy impor-

tante. Otra cosa es la notable experiencia de nuestro cliente, Scott Eccles. Ahora, mi querido Watson, ¿está más allá de los límites del ingenio humano proporcionar una explicación que cubriera estos hechos trascendentales? Si fuera misteriosa nota con su muy curiosa que admitiera también a la riosa fraseología, pues entonces sería muy digna de aceptarse como una hipótesis temporal.

—Pero, ¿cuál es la hipótesis? —Holmes se recargó en su silla, entrecerrando los ojos.

—Debe usted admitir, mi querido Watson, que la idea de una broma es imposible. Había graves acontecimientos a punto de llevarse a cabo y la invitación hecha a Scott Eccles para ir a Wisteria Lodge tuvo alguna relación con ellos.

—Pero, ¿qué posible relación? —Tomemos eslabón por eslabón de la cadena. Hay algo extraño en esa repentina amistad entre García y Scott Eccles. Fué el primero quien la apresuró. Visitó a Eccles, al otro extremo de Londres, en el mismo día en que lo conoció y se mantuvo en contacto con él hasta que logró que aceptara su invitación. Ahora bien, ¿qué deseaba de Eccles? No veo ningún atractivo en el hombre. No es particularmente inteligente... no es un hombre con quien congeniaría un latino inquisitivo y vivaz. ¿Por qué, entonces, fué seleccionado por García entre todas las demás personas a quienes conoció, como particularmen-

teria Lodge, fueran confederados de algún proyecto especial. El intento, cualquiera que fuera, debía llevarse a cabo, digamos, antes de la una. Adelantando los relojes es muy posible que hayan hecho que Scott Eccles se haya retirado antes de la hora en que supuso que lo hizo. De todos modos, cuando García se desvió de su camino para decirle que era la una, no era realmente más que las doce. Si García hubiera podido hacer lo que tenía intentado hacer precisamente a la hora en que había hecho creer a Scott Eccles que estaba en la casa, evidentemente que hubiera tenido una poderosa defensa contra cualquiera acusación. Allí estaba el inglés irreprochable, listo para jurar en cualquier corte que el acusado había estado en su casa todo el tiempo.

—Sí, sí, ya veo eso, ¿Pero qué me dice de la desaparición de los otros? ¿Y del mensaje?

—¿Cómo decía? Nuestros propios colores, verde y blanco. Suenan como insignias de caballos de carrera. Verde abierto, blanco cerrado. Esa es claramente una señal. Escalera principal, primer corredor, séptima a la derecha, tapete verde. Esa es una asignación. Es posible que encontremos a un marido celoso en el fondo del caso. Claramente era una llamada peligrosa. No habría agrado: "Buena suerte", de no haber sido así. La "D" será una buena guía.

—El hombre era español. Sugie-



“Había una tina de sangre y una fuente con huesos quemados...”

te adecuado para lo que tenía proyectado? ¿Tiene alguna cualidad notable? Puedo decir que sí la tiene. Es el prototipo mismo de la respetabilidad británica más convencional. Es exactamente el hombre que, como testigo, impresionaría a otro británico. Usted vió por sí mismo como ninguno de los dos inspectores soñó siquiera en poner en tela de duda su declaración, extraordinaria como era.

—Pero, ¿de qué iba a ser testigo?

—Tal como sucedieron las cosas, de nada. Pero las cosas salieron de modo contrario a como se había planeado. Así es como yo interpreto el asunto.

—Ya veo, él habría proporcionado una coartada.

—Exactamente, mi querido Watson... nuestro cliente habría proporcionado la coartada perfecta. Supongamos, a modo de especulación, que los habitantes de Wis-

ro que esa "D" es la inicial de Dolores, un nombre común entre las españolas.

—Bien, Watson, muy bien... pero inadmisibles. Una española habría escrito en castellano a un español. La autora de esta nota es ciertamente inglesa. Bueno, tendremos que controlar nuestra impaciencia hasta que vuelva por nosotros este excelente inspector.

Holmes recibió respuesta a su telegrama antes que volviera el detective de Surrey. Lo leyó y estaba a punto de colocarlo en su libro de notas cuando notó mi expresión de expectativa. Me lo mostró echándose a reír.

—Nos estamos moviendo rápidamente, —dijo.

El telegrama era una lista de nombres y direcciones: Lord Harringby —The Dingle; Sir George Ffolliott, Oxshott Towers; señor Hynes Hynes, Purdey Place; señor James Baker Williams, For-

ton Old Hall; señor Henderson, High Gablr; Reverendo Joshua Stone, Nether Walsling.

—No entiendo.

—Bueno, mi querido amigo, ya hemos llegado a la conclusión de que el mensaje recibido por García durante la cena era una cita o una asignación. Ahora, si la lectura obvia del mensaje es correcta, para acudir a esta cita tiene uno que ascender una escalera principal y buscar la séptima puerta de un corredor. Esto hace perfectamente claro que se trata de una casa muy grande. Esta casa no puede estar a más de una milla o dos de Oxshott, puesto que García caminaba en esa dirección y esperaba, de acuerdo con la lectura que hago de los hechos, volver a Wisteria Lodge a tiempo para armarse de una coartada válida hasta la una de la mañana. Como el número de casas grandes cercanas a Oxshott debe ser limitado, telegrafí a los agentes mencionados por Scott Eccles y obtuve una lista de ellas. Aquí las tiene usted, en este telegrama, y el otro extremo de esta enredada madeja de misterios debe encontrarse en una de ellas.

Eran cerca de las seis de la tarde cuando nos encontramos en el poblado de Esher, del condado de Surrey, con el Inspector Baynes como nuestro acompañante. Holmes y yo encontramos habitaciones cómodas en la hostería. Finalmente nos dirigimos en compañía del detective, a Wisteria Lodge. Era una noche fría y oscura del mes de Marzo, con un viento helado y una lluvia menuda golpeando nuestros rostros, un marco apropiado para la extraña aventura que había sucedido en el lugar hacia donde nos encaminábamos.

Una caminata de un par de millas nos llevó hasta un alto portón de madera que daba acceso a una sombría avenida de castaños. La avenida, ondulada y tenebrosa, conducía a una casa baja, de aspecto obscuro, que destacaba en toda su negrura contra un cielo color pizarra. De la ventana del frente, que quedaba a la izquierda de la entrada, se desprendía el tenue parpadeo de una débil luz.

—Hay un alguacil a cargo de la casa —dijo Baynes—. Le tocaré en la ventana. —Cruzó el césped y golpeó con la mano el cristal de la ventana. A través del opaco vidrio ví a un hombre que saltaba de una silla, colocada cerca del fuego, y escuché un grito agudo procedente del interior. Un instante más tarde un policía de rostro pálido, que respiraba dificultosamente, había abierto la puerta, con la vela bailando en su temblorosa mano.

—¿Qué le pasa, Walters? —preguntó Baynes con voz aguda.

El hombre se enjugó la frente con el pañuelo y lanzó un prolongado suspiro de alivio.

—Me alegro de que haya llegado, señor. Ha sido una larga espera y creo que mis nervios no andan tan bien como antes.

—¿Sus nervios, Walters? Yo no habría pensado que usted tenía un solo nervio en su cuerpo.

—Bueno, señor, es esta casa tan solitaria y tan silenciosa... y esas rarezas de la cocina. Cuando llamé usted a la ventana, creí que había vuelto de nuevo.

—¿Qué había vuelto?

—El diablo, señor, hasta donde yo sé. Estuvo en la ventana, hace unas dos horas. Empezaba a oscurecer. Yo estaba leyendo en la silla. No sé qué me hizo levantar los ojos, pero allí estaba... había una cara mirándome a través del cristal inferior. ¡Pero, Cielos, qué cara!

—Tist, tist, Walters. ¡Un alguacil no debe hablar así!

—Lo sé, señor, pero me asustó, señor, y no tiene objeto negarlo. No era una cara negra, señor, ni era blanca, ni de ningún color que yo conozca, sino de un tono semejante al del barro, por el que acabara de escurrir un manchón de leche. Y hubiera usted visto su tamaño... el doble de la suya, señor. Y tenía ojos enormes, muy redondos y muy fijos... y una hilera de dientes blancos que le hacían a uno pensar en una fiera hambrienta. Le digo, señor, que no pude mover un dedo, ni respirar, hasta que se alejó y desapareció. Salí corriendo, hacia la arboleda, pero, gracias a Dios, no encontré a nadie.

—Si no supiera que es usted un buen policía, Walters, le pondría una nota negra por esto. Aunque sea el diablo mismo, un alguacil en funciones nunca debe dar gracias a Dios de haber dejado escapar la presa. ¿No cree que todo haya sido una alucinación, causada sólo por los nervios?

—Eso, al menos, es muy fácil de aclarar, dijo Holmes, encendiendo su pequeña linterna de bolsillo. Si —reportó, después de un breve examen del lecho de césped, — el hombre calza del N. 12, diría yo.

—¿Qué se hizo de él?

—Parece haber corrido hacia la arboleda, probablemente en dirección del camino.

—Bien — dijo el inspector, con expresión grave, se nos ha ido por el momento y tenemos varias cosas inmediatas a las que atender. Ahora, señor Holmes, le mostraré la casa.

Las varias alcobas y salones no habían producido nada, a pesar de un cuidadoso registro. Aparentemente los inquilinos habían traído poco o nada consigo, y la casa se había rentado amueblada. Una buena cantidad de ropa, con etiquetas de Marx & Co., de High Holborn, había sido abandonada por los habitantes. Las investigaciones telegráficas hechas por ese lado mostraban que Marx no sabía nada de su cliente, excepto que era buen pagador. Algunas pipas, unas cuantas novelas, dos de ellas en español, un anticuado revólver de mecha, y una guitarra, eran los escasos efectos personales que había en la casa.

—Nada se puede sacar de todo esto — dijo Baynes, mientras iba de habitación en habitación, con la vela en la mano. — Pero ahora, señor Holmes, invito a usted a que venga a la cocina.

Era una habitación lúgubre, de alto techo, que se encontraba en el fondo de la casa. Había un camastro de paja en un rincón, que aparentemente servía de lecho al cocinero. La mesa estaba cubierta con los desperdicios de la cena de la noche anterior.

—Fíjese en esto — dijo Baynes, ¿qué le parece?

Levantó la vela para alumbrar un extraordinario objeto que se encontraba detrás de una cómoda. Estaba tan arrugado y seco que era difícil decir qué había sido. Sólo podía decirse que era negro y arrugado y que tenía cierta semejanza con una figura humana empuñada. Al principio pensé que se trataba de un niño momificado, pero después me pareció un mono contrahecho, muy antiguo, momificado también. Una doble hilera de blancas conchas marinas rodeaba el centro de la extraña figura.

—¡Muy interesante, realmente! — dijo Holmes, observando aquella siniestra reliquia — ¿algo más?

En silencio Baynes nos condujo hacia el fregadero y extendió la vela en aquella dirección. Los miembros y el cuerpo de un ave blanca, grande, aún cubierta de

plumas y despedazada salvajemente, se encontraban esparcidos por todo el fregadero. Holmes señaló hacia la cabeza del animal.

—Un gallo blanco — dijo — ¡Muy interesante!

Pero el señor Baynes había reservado para el final su más siniestra exhibición. Debajo del fregadero extrajo una tina de zinc que contenía una buena cantidad de sangre. Entonces tomó de la mesa una fuente en cuyo centro se habían apilado trozos de huesos quemados.

—Algo ha sido descuartizado y algo ha sido quemado. Extrajimos esto del fuego. Tuvimos a un doctor aquí esta mañana. Dice que no son huesos humanos.

Holmes sonrió y se frotó las manos.

—Debo felicitarlo, Inspector, por manejar un caso tan distinguido y tan instructivo.

Los ojos de Baynes brillaron de placer.

—Gracias, señor Holmes, ¿y qué me dice de estos huesos?

—Un cordero, diría yo, o un cabrito.

—¿Y el gallo blanco?

—Curioso, señor Baynes, muy curioso.

—Sí, señor; debe haber vivido en esta casa gente muy extraña, de costumbres muy extrañas también. Una de esas personas está muerta. ¿Es posible que los demás habitantes le hayan seguido y le hayan matado? Si lo hicieron, no tardarán en caer en nuestras manos porque tenemos vigilados todos los puertos. Pero mis puntos de vista son diferentes.

—¿Tiene usted ya una teoría?

—Y trabajaré de acuerdo con ella, señor Holmes. Es por mi propio interés que debo hacerlo. Usted ya tiene un nombre formado, pero yo aún tengo que luchar para hacer el mío. Me alegraría poder decir que lo he resuelto sin ayuda de usted.

Holmes se echó a reír bonachonamente.

—Bien, bien, inspector. Entonces, siga usted su camino y yo seguiré el mío. Mis resultados están siempre a su entero servicio si desea usted recurrir a ellos.

—¡Au revoir! y buena suerte!

Podía yo decir, por numerosas señales sutiles, que habrían escapado a cualquiera menos a mí, que Holmes se encontraba ya sobre una pista palpante. Aunque al observador casual le habría parecido tan impenetrable como siempre, había cierta leve ansiedad, cierta indefinible sugestión de tensión en sus ojos brillantes y en sus vivos modales, que eran para mí indicación de que había olfateado a su presa.

—Esperé, por tanto, pero — con creciente desilusión para mí — un día sucedió a otro y mi amigo no dió ningún paso más en el caso. Pasó una mañana en la ciudad y supe, por una referencia casual, que había visitado el Museo Británico. Excepto por aquella excursión, pasaba los días consagrados a largas, y con frecuencia solitarias, caminatas, o charlando con un nutrido grupo de chismosos del pueblo, cuya amistad había cultivado.

—Estoy seguro, Watson, de que una semana en el campo le sentará muy bien — comentó —. Es muy agradable ver los primeros brotes verdes en las cercas y las primeras hojillas asomando por las ramas de los almendros.

A esta invitación respondí con entusiasmo.

Ocasionalmente en nuestros paseos nos encontrábamos con el Inspector Baynes. Su rostro regordete y rubicundo se arrugaba en mil sonrisas y sus ojos brillaban intensamente cuando saludaba a mi compañero. Pero decía muy poco acerca del caso.

Debo advertir, sin embargo, que



“Saltó sobre mí cuando terminé la nota”.

me sorprendí cuando, cinco días después del crimen, abrí mi periódico de la mañana para encontrarme el encabezado, en grandes letras de:

EL MISTERIO DE OXSHOTT ha sido solucionado ARRESTO DEL SUPUESTO ASESINO

Holmes saltó de su silla como si una vibora lo hubiera picado cuando le leí el encabezado.

—¡Voto a tal! — gritó — ¡No me diga que Baynes le ha echado el guante encima!

—Pues así parece — dije, mientras leía el siguiente informe:

Gran alboroto ha causado en Esher y el distrito circunvecino la noticia de que la noche pasada se efectuó un arresto en relación con el crimen de Oxshott. Se recordará que el señor García, de Wisteria Lodge, fué encontrado muerto en Oxshott Common, con el cadáver mostrando señales de extrema violencia y que esa misma noche su lacayo y su cocinero huyeron, lo que parecía de mostrar su participación en el crimen. Se han hecho todos los esfuerzos posibles por parte del Inspector Baynes, a cargo del caso, para localizar a los fugitivos. El Inspector Baynes tenía buenas razones para suponer que no se habían alejado, sino que estaban ocultos cerca de la escena de la tragedia. El cocinero, de la evidencia obtenida a través de uno o dos vendedores que lo vieron alguna vez a través de la ventana, era un hombre de apariencia notable. Era un gigantesco e impresionante mulato de piel amarillenta y facciones de marcado tipo negroide. Este hombre fué visto después del crimen y la misma noche de la tragedia el alguacil Walters lo descubrió y persiguió, cuando intentaba volver a entrar a Wisteria Lodge. El Inspector Baynes, convencido de que esa visita probablemente se repetiría, abandonó la casa pero dejó vigilantes en la arboleda. El hombre cayó en la trampa y fué capturado anoche después de una lucha en la que el Alguacil Downing fué terriblemente mordido por el salvaje. Se esperan grandes descubrimientos en torno al crimen, como consecuencia de esta captura.

—Debemos ver a Baynes de inmediato — gritó Holmes, tomando el sombrero. Cruzamos apresuradamente las calles del pueblo

y nos encontramos con el Inspector en el momento en que salía de su casa.

—¿Ha visto el periódico, señor Holmes? — preguntó, extendiendo un diario hacia nosotros.

—Sí, lo he visto. Por favor, no crea que me tomo demasiada libertad al hacerle una amistosa advertencia.

—¿Advertencia, señor Holmes?

—He examinado este caso con sumo cuidado y no quiero que se comprometa usted demasiado hasta no estar seguro.

—Es usted muy amable, señor Holmes. — Me pareció que algo muy semejante a un guiño cruzó por un instante la mirada de Baynes. Pero quedamos de acuerdo en seguir nuestros propios caminos, señor Holmes. Este tipo es un perfecto salvaje, fuerte como un toro y feroz como el demonio mismo. Casi le arrancó un dedo de un mordisco a Downing antes de que pudieran dominarlo. Apenas si habla una o dos palabras de inglés y no podemos sacarle nada más que gruñidos.

—¿Y cree usted tener pruebas de que mató a su difunto amo?

—No he dicho tal cosa, señor Holmes, no he dicho tal cosa.

Sherlock se encogió de hombros y nos alejamos juntos.

—No puedo entender a ese hombre. Me parece destinado a sufrir un descalabro. Bueno, como él mismo dice, cada uno debe seguir su propio camino y ver qué sale de eso.

Después guardó un profundo silencio.

—Siéntese en esa silla, Watson — dijo Holmes cuando nos encontramos de nuevo en nuestras habitaciones de la hostería. Quiero ponerle al tanto de la situación, porque es posible que esta noche necesite su ayuda. Permítame mostrarle la evolución de este caso hasta donde he podido seguirlo. Pondremos a un lado esta idea de Baynes de que los criados de García tuvieron participación en el crimen. La prueba de esto estriba en el hecho de que fué EL quien arregló la presencia de Scott Eccles, cosa que sólo podía tener como razón el deseo de una coartada. Fué García, entonces, quien tenía preparada una empresa y aparentemente de tipo criminal, para esa noche durante la cual encontró tan horrible muerte. Digo “criminal” porque sólo un hombre con un plan criminal desea establecer una

coartada. ¿Quién, entonces, es más probable que lo haya matado? seguramente la persona contra quien estaba dirigida esa em presa criminal.

—Ahora podemos ver una razón para la desaparición de la servidumbre de García. Todos eran cómplices del mismo crimen desconocido. Si se descubría al regreso de García, toda posible sospecha quedaría descartada con la declaración del inglés y todo saldría bien. Pero el plan era peligroso y si García no volvía a cierta hora, era probable que hubiera perdido la vida en el intento. Había sido arreglado, por tanto, que en tal caso sus dos subordinados marcharían a un lugar pre-determinado, donde podrían escapar a la investigación, quedando en posición de repetir el intento posteriormente. Eso explicaría todo lo sucedido, ¿no?

Toda aquella madeja, aparentemente desentrañable, de acontecimientos, pareció desenredarse ante mis ojos. Me pregunté, como siempre, cómo era que no había podido comprenderlo todo antes.

—Pero, ¿por qué volvió uno de los criados?

—Podemos imaginarnos que, al huir, algo precioso, algo de lo que no podía resignarse a separarse, había sido olvidado.

—Buena, ¿cuál es el siguiente paso?

—El siguiente paso es la nota recibida por García durante la cena. Indica un cómplice del lado opuesto. Ahora bien, ¿dónde está ese otro lado? Ya le he demostrado que sólo puede encontrarse en una casa grande? y que el número de éstas es limitado. Mis primeros días en este pueblo estuvieron dedicados a una serie de paseos durante los que hice un reconocimiento de todas esas casas grandes y un examen de la historia de sus ocupantes. Una casa, y sólo una, atrajo mi atención: la famosa y antigua hacienda jacobina de High Gable, a una milla de Oxshott y a menos de media milla del escenario de la tragedia. Las otras mansiones pertenecían a gente prosaica y respetable que vive muy alejada de la aventura y el romance. Pero el señor Henderson, de High Gable, es un hombre curioso a quien podrían suceder cosas igualmente curiosas. Concentré mi atención, por tanto, en él y los habitantes de su casa.

Es un singular grupo de personas, Watson... siendo el hombre mismo el más singular de todos ellos. Me ingení para verlo, con un pretexto plausible, pero me pareció leer en sus ojos oscuros, profundos y trágicos que se daba perfecta cuenta de mi intención real. Es un hombre de unos cincuenta años, fuerte, activo, de cabello entrecano, espesas cejas negras, el movimiento ágil de un ciervo y el porte de un emperador... un hombre dominante y feroz, con un espíritu candente tras su rostro apergaminado. Es extranjero o ha vivido mucho tiempo en los trópicos, porque es amarillento y flaco, pero duro como un látigo. Su amigo y secretario, el señor Lucas, es indudablemente extranjero, de piel morena achocolatada, astuto, meloso y con un voz venenosamente suave. Como puede usted ver, Watson, nos hemos encontrado con dos grupos de extranjeros; uno en Wisteria Lodge, y otro en High Gable. El abismo empieza a cerrarse.

Estos dos hombres, amigos íntimos y confidentiales, son el centro de la familia, pero hay otra persona que para nosotros, y por el momento, puede ser aún más importante. Henderson tiene dos hijas: una niña de 11 años y una de 13. Su institutriz es una tal señorita Burnet, una inglesa de

aproximadamente cuarenta años. Hay también un criado confidencial. Este pequeño grupo forma la verdadera familia, porque siempre viajan juntos. Henderson hace frecuente viajes, parece estar constantemente en movimiento. Hace apenas unas cuantas semanas que regresó, después de un año de ausencia, a High Gable. Debo añadir que es inmensamente rico y que, sin importar cuáles sean sus caprichos, puede satisfacerlos fácilmente. El resto de la casa está lleno de mozos, lacayos, mayordomos, doncellas — la acostumbrada servidumbre super-alimentada y perezosa de una casa de campo inglesa.

Eso aprendí parcialmente de los chismes del pueblo y parcialmente de mi propia observación. Pero no hay mejor instrumento de investigación que un sirviente despedido y disgustado, y tuve la suerte de encontrar uno de este tipo: John Warner, antiguo jardinero de High Gable, a quien su imperioso patrón arrojó a la calle en un momento de violencia. Tiene a su vez amigos entre los sirvientes actuales de la casa, que temen y odian a su amo. Así obtuve acceso a los secretos de la antigua mansión.

¡Es gente muy extraña la que vive allí, Watson! Bueno, es una casa de dos alas; los sirvientes ocupan una y la familia la otra. No existe entre las dos alas más lazos de unión que el criado de confianza de Henderson, que sirve las comidas a la familia. Todo es llevado a cierta puerta que forma la única comunicación. La institutriz y las niñas casi no salen, excepto al jardín. Henderson nunca pasea solo. Su moreno secretario es como su sombra. Corre entre la servidumbre el rumor de que su amo tiene un terror horrible de algo. Warner dice que ha vendido su alma al diablo y que espera que su acreedor se cobre en cualquier momento lo que es suyo. Quiénes son, o de dónde vienen, nadie lo sabe. Henderson es muy violento. En dos ocasiones ha golpeado a la gente con su látigo: sólo su magnánimo bolsillo lo ha salvado de la justicia.

Bueno, ahora, Watson, juzguemos la situación. Podemos presumir que la carta procedió de esta extraña casa y que era una invitación para que García llevara a cabo cierto intento que ya tenía planeado. ¿Quién escribió la nota? Fué una mujer. ¿Quién pudo haber sido, entonces, sino la institutriz? De cualquier modo, to mémoslo como una hipótesis y veamos qué consecuencias podría significar. Debo añadir que la edad y el carácter de la señorita Burnet elimina mi primera idea de que había un interés amoroso en el caso.

Si ella escribió la nota significa que era probablemente amiga y cómplice de García. ¿Qué, entonces, puede esperarse que haga si se ha enterado de su muerte? En el fondo de su corazón debe odiar a quienes lo mataron y probablemente estará tratando de vengar su muerte. Pero la señorita Burnet no ha sido vista desde la noche del crimen. ¿Está viva? ¿O quizás encontró la muerte esa misma noche en que fué asesinado al amigo a quien mandó llamar? ¿O ha sido convertida en prisionera? Este es un punto que aún tenemos que decidir.

Usted debe apreciar lo difícil que es la situación, Watson. No hay nada sobre lo que podamos basar una aprehensión. Todo esta exposición parecería fantástica si tuviéramos que presentarla a un magistrado. Todo lo que puedo hacer es vigilar la casa y tener a Warner en guardia, para lo que pueda suceder. No podemos dejar que una situación así continúe. Si

la ley no puede hacer nada, nosotros debemos correr el riesgo.

—¿Qué sugiere usted?

—Sé cuál es su habitación. Puede llegar a ella saltando del techo de un cobertizo. Sugiero que usted y yo vayamos esta noche y veamos si podemos llegar al corazón mismo del misterio.

No era, debo confesarlo, una invitación muy atractiva. La vieja casa, con su atmósfera de crimen, sus habitantes singulares y formidables, y el hecho mismo de que nos estábamos colocando en una posición ilegal, todo se combinaba para aplacar mi ardor. Pero había algo en el helado razonamiento de Holmes que hacía imposible rehuir una aventura recomendada por él. Así que estreché su mano en silencio, y nuestro pacto quedó sellado.

CAPÍTULO III

Eran aproximadamente las cinco de la tarde y las sombras tempraneras de Marzo empezaban a caer, cuando un excitado provinciano penetró en nuestra habitación.

—¡Se han ido, señor Holmes! Se fueron en el último tren. La señora escapó. La tengo en un carruaje, abajo.

—¡Excelente, Warner! —gritó Holmes, poniéndose de pie de un salto. —Watson las redes se cierran rápidamente.

En el carruaje había una mujer, casi sin sentido. Su rostro macilento y afilado mostraba huellas de una reciente tragedia. Su cabeza colgada sin fuerzas sobre su pecho, pero al levantarla y volver sus ojos opacos hacia nosotros vi que sus pupilas eran puntos oscuros en el centro de un ancho iris gris. Parecía haber sido narcotizada.

—Estuve vigilando la puerta —dijo Warner, el jardinero despedido. Cuando salió el carruaje, lo seguí hasta la estación. La señora parecía caminar en sueños, pero cuando trataron de subirla al tren, recobró momentáneamente su dominio y se opuso violentamente. La empujaron hacia el tren. Pero ella volvió a escaparse. Yo me puse de su parte, la subí a un carruaje y aquí estamos. No olvidaré esa cara de la ventanilla del tren, cuando logró rescatarla. ¡Si por ese diablo amarillento hubiera sido, habría vivido yo muy poco tiempo!

La llevamos arriba, la colocamos en un sofá y una buena ración de café negro pronto hizo que se disiparan de su cerebro las nubes de la droga. Holmes había hecho llamar a Baynes y rápidamente se le puso al tanto de la situación.

—¡Caramba, señor, me proporciona usted exactamente la evidencia que deseo— dijo el inspector entusiasmado, estrechando la mano de mi amigo. ¡Estaba yo tras la misma pista que usted desde el principio!

—Entonces, ¿por qué arrestó al mulato?

Baynes sonrió.

—Estaba seguro de que Henderson, como se hace llamar, comprendía que sospechábamos de él y que no haría ningún movimiento mientras pensara que estaba en peligro de ser descubierto. Arresté a un inocente para hacerle creer que no habíamos fijado nuestra atención en él.

Holmes colocó su mano en el hombro del inspector.

—Usted va a progresar mucho en su profesión. Tiene usted instinto e intuición —dijo.

Baynes se ruborizó de placer.

—He tenido a un espía vigilando la estación toda la semana. Si la gente de High Gable se marcha, debía seguirla a donde fue

ra, sin perderla de vista. Debe haber sido dura la situación para él cuando la señorita Burnett escapó. Sin embargo, su ayudante se hizo cargo de ella. Entre más pronto obtengamos una declaración tanto mejor.

—A cada momento la señorita Burnett parece sentirse mejor —dijo Holmes, observando a la institutriz. Pero, dígame, Baynes, ¿quién es ese tipo Henderson?

—Henderson —contestó el inspector—, es Murillo, a quien antiguamente llamaban El Tigre de San Pedro.

¡El Tigre de San Pedro! Toda la historia de aquel hombre acudió a mi mente como un rayo. Había hecho que su nombre fuera conocido en el mundo entero como el del tirano más sanguinario que había gobernado un país con pretensiones de civilizado. Fuerte, enérgico, carente de miedo y de escrúpulos, había podido imponer su odiosa tiranía sobre un pueblo durante 10 o 12 años. Su nombre era un terror en todo Centroamérica. Después de ese tiempo, hubo un levantamiento general contra él. Pero ante los primeros rumores de peligro había llevado sus tesoros a bordo de un barco, tripulado por fieles secuaces. Cuando los insurgentes atacaron el palacio al día siguiente, lo encontraron vacío. El dictador, sus dos hijas, su secretario y sus riquezas, habían escapado. Desde aquel momento parecía haberse desvanecido de este mundo y su identidad había sido un tema frecuente de comentarios en la prensa europea.

—Sí, señor Murillo, el Tigre de San Pedro —dijo Baynes. Si usted investiga encontrará que los colores nacionales de San Pedro son verde y blanco, como se menciona en la nota, señor Holmes. El hombre se hacía llamar Henderson, pero he podido reconstruir todo el derrotero que siguió desde que su barco ancló en Barcelona, en 1886. Estuvo en Madrid, en Roma, en París y después en Londres. Lo han estado buscando todo este tiempo, para vengarse de él.

—Lo descubrieron hace un año —dijo la señorita Burnett, que se había sentado y ahora estaba siguiendo atentamente la conversación. Ya se había atentado una vez contra su vida, pero no sé qué mal espíritu lo protegía. Ahora fué el caballero García quien cayó en el intento. Pero vendrá otro, y otro más, hasta que algún día se haga justicia. Sus delgadas manos se oprimían entre sí y su rostro demacrado estaba distorsionado por el odio.

—Pero, ¿cómo es que está usted mezclada en el asunto, señorita Burnett? preguntó Holmes. ¿Cómo es que una dama inglesa está complicada en un caso de esta naturaleza?

—Me sumé al complot porque no hay otra forma en este mundo de que se haga justicia. ¿Qué le importa a la ley inglesa que hayan corrido ríos de sangre en San Pedro, hace dos años, o que este hombre se haya escapado con un tesoro robado al país? Para ustedes son como crímenes cometidos en otro planeta. Pero para nosotros no. No, para quienes hemos conocido la verdad y para quienes hemos sufrido con ella. Para nosotros no hay en todo el infierno alguien comparable a Juan Murillo.

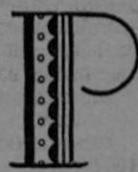
—Sin duda alguna —dijo Holmes—, era tal como dice usted, pero, ¿de qué modo le afectó su perversidad?

—Le contaré. La política del villano era asesinar, con un pretexto o con otro, a todo hombre que mostrara suficiente talento o

HISTORIA DEL PER

Por Rafael Obregón Loria

Campaña política de 1932



PARA suceder al licenciado Cleto González Víquez fueron postulados como candidatos a la Presidencia de la República los licenciados Ricardo Jiménez, Carlos María Jiménez y Manuel Castro Quesada. Verificadas las elecciones ninguno de los tres tuvo mayoría absoluta; don Ricardo Jiménez fué el que obtuvo mayor número de votos sin alcanzar dicha mayoría. Correspondía por lo tanto al Congreso nombrar tres Designados a la Presidencia de la República y llamar a uno de ellos al ejercicio del Poder.

El Congreso nombra Designados para el período 1932-36

En la sesión del 1º de mayo de 1932 el Congreso Constitucional nombró como Designados a la Presidencia de la República para el período 1932-36 a los siguientes

ciudadanos: licenciado Ricardo Jiménez Oreamuno, Primer Designado; don Julio Acosta García, Segundo Designado; y licenciado León Cortés Castro, Tercer Designado.

El Congreso llama a ejercer el Poder al Primer Designado licenciado Ricardo Jiménez Oreamuno

En esa misma sesión del 1º de mayo el Congreso emitió el siguiente Decreto que fué aprobado al día siguiente por el Ejecutivo:

"Nº 3

El Congreso Constitucional de la República de Costa Rica

Por cuanto en la elección popular del catorce de febrero último ninguno de los candidatos a la Presidencia de la República obtuvo mayoría absoluta de votos, y el Congreso Constitucional, por decreto del cinco de marzo siguiente dispuso que se prescindiese de la convocatoria para una segunda elección popular.

En conformidad con los artículos 73, inciso 8, 95, 98 y 100 de la Constitución Política,

DECRETA:

Llámesse a ejercer el Poder Ejecutivo como Pdte. Constitucional de la República, por todo el próximo período legal de cuatro años, al Primer Designado, licenciado don Ricardo Jiménez Oreamuno, quien tomará posesión de su destino, ante este Congreso, a las doce horas del ocho de mayo en curso.

Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Dado en el Salón de Sesiones del Congreso. — Palacio Nacional. — San José, a primero de mayo de mil novecientos treinta y dos.

ARTURO VOLIO, Presidente. — ASDRUBAL VILLALOBOS, Primer Secretario. — A. BALTODANO B., Segundo Secretario.

San José, a los dos días del mes de mayo de mil novecientos treinta y dos.

Publíquese. — CLETO GONZÁLEZ VÍQUEZ. — El Secretario de Estado en el Despacho de Gobernación, FABIO BAUDRIT.

Secretarios de Estado en el tercer gobierno del licenciado Ricardo Jiménez Oreamuno

Fueron reducidas a cuatro las Secretarías de Estado, así: 1º) Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia y Culto; 2º) Gobernación, Policía, Trabajo y Previsión Social; 3º) Hacienda y Comercio, y 4º) Fomento y Agricultura.

El señor Jiménez Oreamuno mantuvo durante un año dos Sub Secretarías de Estado, la de Educación Pública y la de Salubridad Pública; al cabo de ese tiempo fueron consideradas otra vez como Secretarías de Estado.

Los Secretarios de Estado de este gobierno, fueron:

Licenciado Leonidas Pacheco Cabezas: Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia y Culto hasta el 7 de febrero de 1934 en que falleció.

Ingeniero Santos León Herrera: Gobernación, Policía, Trabajo y

entereza como para convertirse en un rival peligroso para el futuro. Mi esposo —sí, mi verdadero nombre es señora Durán—, Víctor Durán, era ministro de San Pedro en Londres. Aquí me conocí y aquí nos casamos. Nunca ha vivido hombre más noble que él. Desgraciadamente Murillo se enteró de sus cualidades, lo mandó llamar con algún pretexto y lo hizo fusilar. Presintiendo su destino, se había negado a llevarme con él. Sus propiedades fueron confiscadas y yo me quedé en la pobreza y con el corazón destrozado.

Entonces el tirano fué derrocado. Escapó, pero los miles de hombres y mujeres cuya vida arruinó no lo perdonamos, ni olvidamos el pasado. Se formó una sociedad secreta que no se disolvería hasta que se hubiera hecho justicia. Mi Papel, una vez que se descubrió que Henderson era el déspota caído, consistió en agregarle a su casa y mantener a los demás al tanto de todos sus movimientos. Pude lograr esto obteniendo el puesto de institutriz de sus hijas. Poco sabía que la mujer que se sentaba con él a la mesa en cada comida era la viuda de un hombre a quien por locos celos había enviado a la eternidad. Yo me concretaba a sonreírle, a cumplir con mi deber y a vigilar todos sus actos. Se hizo un intento en París y fracasó. Huímos rápidamente para acá, zigzagueando, y de aquí estuvimos dando frecuentes saltos hacia Europa, para despistar a los perseguidores. Finalmente volvimos a esta casa, que había alquilado desde su primer viaje a Inglaterra.

Pero aquí estaban ya esperando las manos justicieras. Sabiendo que tarde o temprano volvería, García —que era hijo del más alto dignatario de San Pedro antes de que Murillo se apoderara del país— esperaba cerca de aquí, con dos fieles cómplices, de humilde condición, los tres se dientos de venganza. Poco era lo que hubiera podido hacer a plena luz del día, pues Murillo nunca salía más que acompañado de su satélite, Lucas o López, como preferirías llamarlo. Pero de noche dormía solo y el vengador podía entonces llevar a cabo su intento. En cierta noche, que había sido determinada de antemano, envié a mi amigo instrucciones finales. Yo me encargaría de que las puertas estuvieran abiertas y la colocación de una luz verde o blanca en una ventana que daba al camino le haría saber si la vía estaba franca o si era mejor posponer el plan para otro día.

Pero todo salió mal. De un modo o de otro provoqué las sospechas de López, el Secretario. Se acercó a mí por la espalda y se arrojó sobre la nota que estaba terminando en esos momentos. Entre él y su amo me arrastraron a mi habitación. Me habrían acuchillado en ese mismo momento si hubieran visto modo de escapar a las consecuencias de su acción. Llegaron a la conclusión de que matarme era demasiado peligroso. Pero decidieron deshacerse de García. Murillo me torció el brazo hasta que le di los datos. Les juro que me habría dejado arrancar el brazo si hubiera comprendido entonces lo que eso iba a significar a mí como pañero. López escribió entonces la dirección a la nota escrito por mí, la selló con la mancuerna de su puño y la envió con el criado José. No sé cómo lo mataron, excepto que fué Murillo quien lo hizo, porque López se quedó a vigilarme. Al principio pensaron

dejarlo entrar a la casa y matarlo pretendiendo que era un ladrón; pero se mezclaban en una encuesta, habría quedado revelada públicamente su identidad y eso significaría quedar expuestos a posteriores ataques. Matando a García, la persecución cesaría, porque una muerte asustaría a sus enemigos y no haría fácil el encontrar un valiente que emprendiera de nuevo la tarea.

Todo les habría salido a la perfección, si no hubiera sido porque yo sabía lo que habían hecho. Me encerraron en mi cuarto y me maltrataron para doblegar mi espíritu —noten esta herida de mi hombro y los golpes que cubren mi brazo totalmente. Me cubrieron la boca con una mordaza cuando traté de gritar por la ventana, pidiendo ayuda. Cinco días duró este tormento, hasta que esta tarde me trajeron una buena comida. Pero tan pronto como la devoré comprendí que habían puesto droga en los alimentos. Como si todo hubiera sucedido en sueños recuerdo que me metieron a un carruaje y me llevaron a la estación. Sólo entonces, cuando las ruedas empezaron a moverse, pude reaccionar con suficiente fuerza y salté del tren. Trataron de volver a meterme en él y lo hubieran logrado de no haber sido por la ayuda de este buen hombre. ¡Ahora, gracias a Dios, estoy fuera de su alcance! —concluyó.

Fué Holmes quien rompió el silencio diciendo:

—Nuestras dificultades no han terminado. Nuestra labor policíaca ha concluido, pero ahora empieza nuestra labor legal.

—Exactamente —agregué yo. Un buen abogado podría hacer aparecer el crimen como un acto de defensa propia. Puede haber un centenar de crímenes en la historia de esos hombres, pero Inglaterra sólo puede enjuiciarlos por éste.

—Vamos, vamos, —dijo Baynes alegremente, —yo tengo mejor opinión de la ley inglesa. La defensa propia es una cosa. Pero el seguir a un hombre, esperarlo, con el objeto claro de matarlo es otra... sin importar cuál sea el peligro que se tema de él. No, no, todos estaremos plenamente justificados tratando de llevar a la horca a esa pareja de High Gate.

Es una cuestión de historia, sin embargo, el que había de pasar todavía algún tiempo para que el Tigre de San Pedro se enfrentara a sus verdugos. Astutos y atrevidos, Murillo y su compañero despistaron al detective de Baynes entrando en una hostería por una calle y saliendo por otra. Desde ese día no fueron vistos más por Inglaterra. Unos seis meses después, el Marqués de Montalva y el señor Rullí, su secretario, fueron asesinados en sus habitaciones del Hotel Escorial, en Madrid. El crimen fué atribuido al nihilismo y los asesinos jamás fueron descubiertos. El Inspector Baynes nos visitó en nuestra casa de la Calle Baker, con una descripción impresa del rostro moreno del secretario y de las facciones imponentes, los magnéticos ojos negros y las espesas cejas de su amo. No pudimos dudar de que la justicia, aunque un poco tarde se había hecho.

—Un caso caótico, Watson —dijo Holmes, saboreando su pipa. No le será posible presentarlo en esa forma compacta que tanto adora usted. Cubre dos continentes, se refiere a dos grupos de personas misteriosas y está aún más complicado por la presencia altamente respetable de nuestro

amigo, Scott, Eccles, cuya introducción en el caso prueba que el difunto García tenía una gran astucia y un bien desarrollado instinto de conservación. ¿Hay algún punto que no esté claro para usted?

—¿Cuál fué el objeto del cocinero de volver a Wisteria Lodge?

—Creo que esa extraña criatura que encontramos en la cocina podría explicar ese retorno. El hombre era un salvaje primitivo, de las espesas selvas de San Pedro, y aquel extraño objeto era su fetiche. Cuando su compañero y él huyeron hacia un refugio pre-determinado, lo olvidó, de tal modo que volvió al día siguiente, pero, al mirar por la ventana, encontró que el policía Walters estaba a cargo de ella. Esperó tres días más y entonces la superstición lo obligó a probar suerte de nuevo. El Inspector Baynes, que no había dado importancia al incidente frente a mí, reconoció realmente su importancia, y puso una trampa en la que el hombre cayó. ¿Algo más, Watson?

—¿Ese gallo destrozado, la tina de sangre, los huesos quemados... todas esas cosas horribles que había en la cocina qué significan?

—Pasé una mañana en el Museo Británico leyendo eso y algunas cosas más. Esto es lo que Eckerman dice del vudú y las religiones negras:

El verdadero adorador del culto vudú no intenta nada de importancia sin ciertos sacrificios que tienen por objeto propiciar a sus perversos dioses. En casos extremos estos ritos tomaron la forma de sacrificio humano seguido por canibalismo. Las víctimas más comunes son un gallo blanco, que es descuartizado vivo, o un chivo negro, al que rebanan el cuello para después quemar su cuerpo.

—Así que como puede usted ver, nuestro salvaje amigo fué muy ortodoxo en el ritual. Es grotesco, Watson —añadió Holmes, mientras cerraba lentamente su libro de notas—, pero, como ya he tenido ocasión de decirle, no hay más que un paso de lo grotesco a lo horrible.

FIN

PEREJECUTIVO EN COSTA RICA (31)

Don **JULIO ACOSTA GARCIA**

(Sus datos personales ya fueron consignados)

Secretario de Estado en las Carteras de Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia y Culto en la tercera administración de don Ricardo Jiménez, hasta el 7 de febrero de 1934 en que falleció.



Ingeniero **SANTOS LEON HERRERA**



(sus datos personales ya fueron consignados)

Segundo Designado a la Presidencia de la República en el período 1932 a 1936.

Licenciado **LEON CORTES CASTRO**



Secretario de Estado en las Carteras de Gobernación, Policía, Trabajo y Previsión Social en la tercera administración del licenciado Ricardo Jiménez Oreámuno.

PADRES: Fermín León y Balbina Herrera.
NACIO en San José el 21 de mayo de 1874.
CASO con Luisa Zavaleta.

Se graduó de bachiller en el liceo de Costa Rica en 1890, y trabajó luego como maestro de escuela primaria. En 1903 se graduó de Ingeniero Topógrafo. De 1901 a 1906 fué Inspector de Escuelas en Cartago. Miembro de la Municipalidad de Cartago por varios años. Diputado al Congreso Constitucional en varias ocasiones. Miembro de la Junta Administradora del Colegio de Cartago. Presidente del Gran Consejo Electoral. Nombrado Tercer Designado a la Presidencia de la República en el gobierno del licenciado Teodoro Picado Michalski, le correspondió ejercer el Poder del 20 de abril al 8 de mayo de 1948.

MURIO en San José el 8 de mayo de 1950.

Licenciado **CARLOS BRENES ORTIZ**



(Sus datos personales ya fueron consignados)

Secretario de Estado en las Carteras de Hacienda y Comercio en la tercera administración del licenciado Ricardo Jiménez Oreámuno.

Licenciado **TEODORO PICADO MICHALSKI**



(Sus datos personales serán consignados más adelante)

Secretario de Estado en la Cartera de Educación Pública en la tercera administración del licenciado Ricardo Jiménez Oreámuno, hasta el 11 de enero de 1936 en que renunció.

Dr. SOLON NUNEZ FRUTOS



(Sus datos personales ya fueron consignados)

Secretario de Estado en las Carteras de Salubridad Pública y Protección Social en la tercera administración del licenciado Jiménez Oreámuno.

Es curioso observar que don Ricardo Jiménez nunca repitió sus Secretarías de Estado; sus tres gobiernos estuvieron constituidos por distintas personas. El doctor Núñez fué la excepción ya que desempeñó la Secretaría de Esta-

do en dos gobiernos de don Ricardo.

Licenciado **RAUL GURDIAN ROJAS**



(Sus datos personales ya fueron consignados).

Secretario de Estado en las Carteras de Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia y Culto en la tercera administración de don Ricardo Jiménez, desde el 8 de febrero de 1934.

Ingeniero **RICARDO PACHECO LARA**



Secretario de Estado en las Carteras de Fomento y Agricultura en la tercera administración de don Ricardo Jiménez, desde el 22 de abril de 1935.

PADRES: Ricardo Pacheco Marchena y Julia Lara Avellán.

NACIO en San José el 19 de febrero de 1889.

CASO con Emilia Montealegre Rohrmoser.

Estudió ingeniería en el Massachusetts Institute of Technology de Boston, Mass. Trabajó du-

Brenes Ortiz:

ortés Castro: ara, hasta el n que renun-

Picado Mi- Pública, del 11 de enero nció. Del 28 io de 1934, y al 25 de no- o a su cargo, ar señor Gur de Relaciones Gracia y Cul

ez Frutos: Sa Protección So ril de 1933.

urdián Rojas: res, Justicia, e el 8 de fe-

Pacheco La- icultura desde 35.

r Umaña Cas- colica, desde el 16.

Estado en esta ación

bro Picado Mi- chal Pública hasta el 1933 en que fue arario de Estado. De re al 19 de di- civo como recar- Relaciones Ex- Gracia y Culto, tular licenciado

ñez Frutos: Sa Protección So- bril de 1933 en a Secretario

DO JIMENEZ UNO

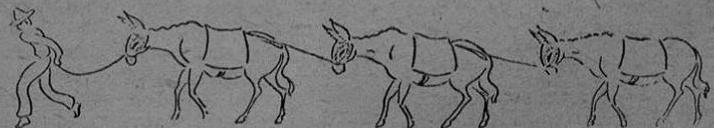


nales ya fueron

Primer Designa- er con el título el período 1932-



Licenciado **LEONIDAS PACHECO CABEZAS**



El Macarthismo



dónde van los Estados Unidos? Esta pregunta se la formula hoy el mundo en presencia de las fuerzas imponderables que ha desencadenado uno de los más agresivos, indomables y terribles luchadores de todos los tiempos. Cuando Eisenhower hacía su campaña electoral y tuvo que pasar por el estado de McCarthy, todo en el candidato indicaba su distanciamiento de los sistemas empleados por el joven senador. Entonces McCarthy no era sino, un demagogo en tela de juicio. Eisenhower le llevaba muchísimos codos de altura. Pudo ignorarlo. Sin embargo, rectificó el discurso que llevaba escrito, para que no resultase ni como una sombra de censura hacia el bravo combatiente. Es posible que si la actitud del candidato hubiera sido distinta, McCarthy no tendría hoy la fuerza que tiene. Pero su poder magnético ganó ese día una de sus grandes victorias.

A lo largo de los últimos meses, ningún americano ha producido ni dentro ni fuera del país la cantidad de literatura periodística de McCarthy. Con los recortes que en un día se hicieran de lo que en el mundo se publica sobre él, se llenarían las salas de la biblioteca de Washington. La simple cuestión de que a un anónimo dentista se le retirara del más grande ejército del mundo en términos definitivos de los que hubiera querido McCarthy, fué suficiente para que éste fustigara a los héroes de la guerra de Corea, obligara al Presidente de la República y al Secretario del Ejército a dar mil explicaciones, y a todos los oficiales y al estado mayor y a todos los periódicos de América y a todos los del mundo, a que llenaran de informaciones las primeras páginas y escribieran centenares de editoriales. Se conmovió toda la opinión americana, como cuando asesinaron a Lincoln. Este caso, que en los tiempos futuros será célebre, indica el poder soberano

de este hombre que es capaz de producir tempestades semejantes. De ahora en adelante ya no volverá a hablarse de la revolución del "tira dientes" del Brasil.

Hoy los Estados Unidos están dominados por el tema McCarthy. La Iglesia Católica comienza a dividirse. Seis mil policías de Nueva York recibieron la comunión hace cosa de diez días con McCarthy. Asistieron con él al desayuno que en seguida se celebró y que honraron altísimas personalidades de la Iglesia, comenzando por el Cardenal Spellman. McCarthy hace ostentación de sus comuniones como de todo. Toda investigación suya debe hacerse con televisión. Todo el mundo ha de verlo y oírlo. Como es natural, muchas gentes se resienten de esto. Tiene otro sentido de la vida religiosa. No les gusta que se use una comunión como cartel político. Y el obispo auxiliar de Chicago, monseñor Sheil, ha pronunciado una tremenda requisitoria contra el sistema de McCarthy.

Sheil es un sacerdote eminente y de inmenso prestigio en el mundo católico. Es uno de los líderes en la organización de las juventudes católicas, y un espíritu sereno, un hombre definido en su manera de pensar, profundamente religioso y mucho más distante del comunismo que McCarthy. Por McCarthy parece que votaron los comunistas en la elección de 1946, y quizá no se equivocaron. Sheil ha denunciado el mcarthysmo como una corriente de fanatismo que puede conducir exactamente a extremos que dañarían el contorno democrático de los Estados Unidos tanto como el comunismo.

El hecho es que frente a una gran parte del clero que considera a McCarthy como uno de los grandes ciudadanos de los Estados Unidos, está otra corriente poderosa, encabezada ahora por el obispo auxiliar de Chicago, que ha encontrado inmediatos seguidores en las altas jerarquías de la Igle-

sia, y que es decididamente opuesta a los métodos del senador. Este panorama, que lo hemos conocido muchas veces en las luchas políticas de España y de la América española, es nuevo para los Estados Unidos. No se trata aquí exactamente de que la Iglesia haya ido a prestarle su ayuda al demagogo, y no se hacen sermones para defenderlo. Pero McCarthy ha invadido, hasta donde se lo permiten sus capacidades, el territorio de la Iglesia, como cualquier otro territorio. Y aun ha avivado un fanatismo, que se expresa en el correspondiente anti fanatismo, y que puede conducir a la Iglesia a ser un personaje más en la pelea.

EL DIABLO DE PAPANI



A escrito Papini su alegato en favor del diablo en una época en que el diablo se nos ha hecho tan visible para nosotros como sólo lo fué en la Edad Media. El diablo ahora es peor que antes. Las astucias de la Edad Media eran proporcionadas a las circunstancias de una vida con muchas complicaciones íntimas, pero situadas en el plano de los pintores primitivos. No se disponía de ese vasto repertorio de armas que en nuestro tiempo sobrepasan a toda fantasía fabulosa. El diablo del siglo XII resultaría un pobre diablo al lado de Hitler. En el laboratorio donde ahora producimos la bomba atómica, el doctor Fausto se caería de espaldas. Denis de Rougemont hacía en años pasados una denuncia formal para mostrarles a los escépticos la verdad del diablo en nuestro tiempo, pero ya hoy sobraría su discurso. De que el diablo existe, no duda nadie. Y muchos lo han visto. Creo que todos lo hemos visto. Esto ha asegurado a Papini la mayor reacción que puede producirse contra libro alguno de nuestro tiempo. La Iglesia se ha adelantado a señalarlo con el dedo índice. No podía ocurrir de otra manera.

Lo fuerte del libro está no precisamente en que se haga un movimiento por la conversión del diablo, sino que se haga en plano de litigio, colocando al diablo a la altura de Dios y a Dios a la altura del diablo. El padre Almanza, que era el hombre más bueno e inocente que produjo Colombia, rezaba en su iglesia de la recoleta por el diablo, y durante años hemos oído en las iglesias oraciones por la conversión de Rusia. En eso hay caridad, piedad, amor cristiano. Pero Papini pide por que haya una Summa Diabólica como hay una Summa Teológica. Toma una frase, que alguna vez dijo Lacordaire en el púlpito de París "Dios, hermanos míos, suele emplear a veces medios diabólicos" — y la amplía de esta manera: "Tenemos una confirmación de esto en la célebre exhortación que Cristo hizo a los apóstoles cuando les dijo: "Sed prudentes como las serpientes y simples como las palomas". El significado simbólico de estos animales en la Biblia — sigue Papini — es claro: la paloma es el Espíritu Santo, y la serpiente, el demonio. En este caso Dios aconseja a sus fieles imitar la prudencia (astucia) de Satanás".

El pasaje es un ejemplo de lo

que es todo el libro. Yendo desde las últimas palabras del Padre Nuestro hasta los fragmentos que le interesan tomados de los santos Padres, y siguiendo la historia desde el Antiguo Testamento hasta los pasajes en que Jesús y el diablo se encuentran frente a frente, Papini toma a su cargo la defensa del diablo como un poder formidable que en última instancia debe fundirse en el amor total. Se levanta contra la idea de que Dios puede torturar indefinidamente al hombre con las tentaciones del diablo, aunque acepta que la doctrina oficial de la Iglesia no enseña hoy estas cosas, ni las puede enseñar como verdad cierta y segura, puede y debe admitirlas como cristiana y humana esperanza.

Quizás no sea el caso hoy de discutir la buena fe que haya en esta última parada de Papini, como no debe discutirse su conversión al tiempo que escribió la "Historia de Cristo". Estas cosas pueden ser o arranques furiosos de una angustia interna, o exhibicionismo. Pero para el mundo que ahora está sufriendo la llegada definitiva del diablo al poder, el libro es contraproducente, porque en vez de tomar al diablo en serio, lo toma a lo sofisticado. De conocer al diablo se trata. Si el diablo es el enemigo, dice Papini, pues al enemigo hay que estudiarlo, comprenderlo, saber quién es. Papini lo hace a través de la arqueología teológica, lo diluye en trozos antiguos, y se le agarra a los cuernos, a nombre del amor cristiano. Más seguro hubiera sido iluminar las cavernas de nuestro tiempo, desenmascarar los diablos emboscados, provocar el conocimiento del diablo a través de nuestras experiencias cotidianas, y si quedaran aún fuerzas para tanto, edificar sobre esa lava ardiente la teoría del amor final.

"Toda idea se sanciona por sus buenos resultados. Cuando todos los hombres sepan leer, todos los hombres sabrán votar, y como la ignorancia es la garantía de los extravíos políticos la conciencia propia y el orgullo de la independencia garantizan el buen ejercicio de la libertad.

Un indio que sabe leer puede ser Benito Juárez; un indio que no ha ido a la escuela llevará perpetuamente en cuerpo raquítico un espíritu inútil y dormido. Hasta estas palabras me parecen inútiles; tan vulnerable y tan útil es para mí la enseñanza obligatoria. Los artículos de la fe no han desaparecido: han cambiado de forma. A los dogmas católicos, han sustituido las enseñanzas de la razón. La enseñanza obligatoria es un artículo de fe del nuevo dogma.

Un proyecto de instrucción pública es una sembradora de ideas; cada mirada al proyecto suscita pensamientos nuevos".

JOSE MARTI



rante largos años con la Casa de Representaciones de Purdy y Co., de San José. Fué Secretario de Estado en el gobierno del licenciado León Cortés.

MURIO en San José.

Profesor SALVADOR UMAÑA CASTRO



Secretario de Estado en la Carrera de Educación Pública en la tercera administración del licenciado Ricardo Jiménez, desde el 11 de enero de 1936.

PADRES: Salvador Umaña Sáenz y Rafaela Castro Bonilla.

NACIO en San José el 24 de junio de 1899.

CASO con Ernestina Araya.

Se graduó de maestro en la Escuela Normal de Heredia y fué director de escuela primaria. Más tarde se trasladó a Suiza y estudió Pedagogía en el Instituto Rousseau de Ginebra. Asistió también a varios cursos en la Universidad de Bonn. Profesor de Estado en Castellano y Ciencias Educativas. Director del Instituto de Alajuela, y en 2 ocasiones Director del Colegio Superior de Señoritas de San José. Profesor de la Facultad de Pedagogía de la Universidad de Costa Rica, y actualmente encargado de su Biblioteca. El profesor Umaña es un buen escritor, y también ha escrito algunos versos. Es miembro del Consejo Superior de Educación.

VIVE en San José.

PANORAMA ACTUAL DEL CINE FRANCÉS



BSERVANDO la situación actual de la producción francesa, diríase que asistimos al nacimiento de un cine de carácter internacional. El

intercambio de técnicos y el desplazamiento de los actores, no ha conocido jamás tal amplitud, siendo el cine francés quien crea una fórmula, que más adelante podrá juzgarse mejor, destacando la influencia que puede ejercer sobre las ideas y sobre los problemas más generales.

De las veintitrés películas en realización, trece son coproducciones. Y no es únicamente con Italia, con quien colabora Francia, sino con Inglaterra, España y en algunas ocasiones con Alemania; aún hasta con el Nuevo Mundo, como en el caso de "Los Orgullosos" producción CICC-Reforma Films-LesFilms lena.

Los grandes realizadores han adoptado este medio que responde no solamente a las necesidades, sino a una cierta evolución.

René Clément acaba de terminar en Londres la toma de vistas de "El Sr. Ripois" (Producción Transcontinental - París - Londres) en la que Gérard Philipe es el héroe junto a seis mujeres enamoradas: Joan Greenwood, Margaret Johnston, Valery Hobson, Natacha Barry, Diana Deker... y la francesa Germaine Montero... He aquí la buena entente cordial...

Al otro extremo de Europa, Robert Lamoureaux está haciendo es en el corazón de las habitantes del "Pueblo Mágico" (Producción Champs Elysées Prod. P. C. E.-Nanaria) Lucía Bose, Marie Carla del Poggio, y Judith, italianas y francesas contratadas por Jean Paul le Chanois, para hacer una película sobre las vacaciones al aire libre...

Martine Carol, hoy día una de las más destacadas vedettes del cine francés, acaba de pasar más de dos meses en Sportorno, una Playa de la Riviera italiana, para actuar en la película "La Pensionista". (Prod. Gamma Film-Titanus) bajo la dirección de Alberto Lattuada.



Actores franceses e italianos van y vienen de Roma a París, y pronto pasará lo mismo con Madrid, puesto que ya hay cuatro o cinco películas en curso de realización o en preparación con España.

Esta tendencia, ¿será tan importante en el plano intelectual y artístico, como lo son, en otro plano, las innovaciones técnicas de la pantalla panorámica?

LA HISTORIA OFRECE UNA PRESTIGIOSA DECORACION AL CINE FRANCÉS

Uno de los efectos más comprobados en la evolución actual del cine, es el dar una nueva preferencia a la película histórica. Desde Hollywood, Roma o París, los héroes legendarios y las glorias del pasado recobran vida y cuerpo en la pantalla, y nunca se ha realizado un tal esfuerzo con objeto de dar a sus hazafías decoraciones tan suntuosas.

Bocetines, arquitectos, guardarraras rivalizan en ingeniosidad y gusto con el fin de adornar la tela blanca con los esplendores del colorido o de la dimensión de la pantalla panorámica, que consiguen verdaderas maravillas... Pero en esta competencia no puede negarse a Francia un excepcional privilegio: el de ofrecer a sus personajes de "época" algo mejor que la más grandiosa de coración, mejor aún que una "reconstitución" hábil y justa, es decir, ofrecer el marco auténtico de sus aventuras: el castillo secular, las murallas y fosos, esos viejos muros de la Edad Media y el Renacimiento en donde los artistas de otros tiempos dejaron huellas de su arte...



Este deseo de autenticidad respecto a los fines artísticos, es un efecto, una tradición en el cine francés. Ya en la época del cine mudo, Calmettes et le Barby fueron a hacer su película "El Asestino del Duque de Guisa" en el Castillo de Blois, en la misma sala donde se produjo el drama. Sin embargo, hay que reconocer que nunca se ha ido tan lejos en este sentido, de cómo lo ha hecho Sacha Guitry al realizar su última película. "Si Versailles me hablará" (Prod. C. L. M.—Cocinor), una magistral evocación de los faustos de Versailles a través de los siglos, apareciendo en dicho Palacio y bajo las expresiones de los mejores artistas, todas las personalidades que frecuentaron la morada de los Reyes de Francia...

Esta película ha sido realizada a beneficio de la restauración del Castillo. Lo cual quiere decir que los concursos oficiales no han faltado, ni mucho menos, para poder realizar esta producción como merece el caso. Puesto que no se trata de rodar algunas escenas, sino una película completa, con más de doscientos actores y millares de figurantes... Por primera y última vez, el Castillo de Versailles ha sido transformado en estudio... En la célebre galería de los espejos, hemos podido ver a Sacha Guitry dirigiendo a los coristas y al jefe-operador encaramado en un practicable, dando órdenes para que fuera bien iluminada dicha galería. Se han hecho escenas en el cuarto del Rey, y en su gabinete, en el Invernadero, en los Trianones... Han llevado a Versailles, de diversos museos nacionales, muebles de época de un valor incalculable... El tapiz de Savonneries, sobre el que avanza la pareja real vale, él sólo, cerca de 15 millones... y los accesorios y las alhajas eran en su mayoría auténticas...

"Si Versailles me hablará..." es la fiel imagen de la Francia de ayer, siendo el más bello Palacio del mundo, quien va a mostrar-nos todos sus Tesoros...

Otra película (que acaba de proyectarse con éxito en París) también hace uso, en gran parte, del patrimonio arquitectural de Francia; es la nueva versión de la novela de Dumas "Los Tres Mosqueteros" (Prod. P.A.C.—Pathé Cinéma S.G.C.—Titanus) que André Hunebelle ha realizado este verano.

Se ha llevado a la pantalla, en diversas ocasiones, esta obra que continúa siendo joven, pero necesita —como lo hizo en su época

Anecdótico Nacional

por CARLOS FERNÁNDEZ MORA

Dibujos de Néé Solano V.



UNA de las prácticas más democráticas de la Escuela Normal, cuando la dirigía el Gran Apóstol y Maestro Omar Dengo, era la de ofrecer la tribuna de la Escuela a quien la solicitara, con la condición de que quien hiciera uso de ella debía admitir la opinión de profesores y alumnos.

En una ocasión, un joven venezolano, Delegado del General Juan Vicente Gómez, pidió la tribuna de la Normal para hacerle propaganda al régimen que él representaba. Omar Dengo le explicó las condiciones antes dichas. El conferenciante habló a los profesores y alumnos en la Sala Magna y tuvo el buen cuidado de no referirse al régimen del General Gómez. Se concretó a exaltar la figura gloriosa del Libertador Bolívar. Terminada la conferencia, Omar Dengo lo invitó a un café

en el comedor de la Escuela. En tablaron conversación, y el Apóstol le preguntó:

—"Dígame joven; en Venezuela hay libertad de prensa?; existen presos políticos?; hay una "muy buena" carretera entre Caracas y La Guaira?; tiene el General Gómez una hermosa cría de caballos peruanos?"

El intelectual venezolano aprovechó la oportunidad para decir:

—"En mi tierra era necesario suprimir la libertad de prensa; tener en las cárceles a presos políticos para que el General pudiera realizar su grandiosa obra de adelanto material, y los caballos son para él su más grande deleite, pues se dedica a ellos con abnegación y cariño".

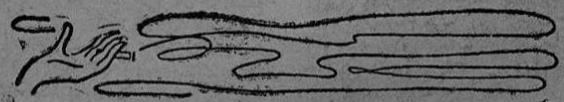
Omar Dengo, inclinando la cabeza rizándose la punta del pequeño bigote, le contestó:

—"Entonces mi joven amigo, por esas carreteras SOLO TRAN SITAN LOS CABALLOS DEL GENERAL?"

Diamant-Berger— que sea realizada en Francia, para que los Mosqueteros del rey tengan el marco que les corresponde. Aquí, en esta película, la piedra berroqueña, no es de contra-plaqué. El ruido de las espuelas resuena bajo las bóvedas de verdad. André Hunebelle ha realizado dicha película en los Castillos de Fontainebleau, Châteaudum. La Houssaye, Grosbois, en el Donjon de Vinennes y en el Hospital de Caulomiers.

Richard Poitier ha encontrado también en la región de la Vendée en el Castillo de la Breteche, como cerca de las viejas aldeas, un cuadro auténtico y pintoresco...

Este privilegio del cine francés, le otorga un rango excepcional en estos momentos de preferencia por la película histórica... Contribuye a darle un aspecto de verdad y de buen gusto que no se encuentra siempre —no hay más remedio que decirlo— en las obras de este género...



SOBRE UNA NOVELA "EXPERIMENTAL" INGLESA

Por RAMON SENDER



A alcanzado tal perfección mecánica la narración naturalista, que algunas novelas que podrían dar prestigio a otras cul-

turas pasan casi inadvertidas en Inglaterra y en los Estados Unidos. Sobre todo en los Estados Unidos.

América del Norte tiene los mejores novelistas de hoy, pero son novelistas tímidos, que en general no rebasan los patrones del realismo o del naturalismo cultivados por las últimas generaciones en Europa.

El naturalismo ha sido llevado a los últimos extremos de cuidadosa perfección, pero siempre es el naturalismo. Y difícilmente va más lejos de aquellas formas ya conocidas; es decir, de aquello que el público espera y compra. Los autores tienen miedo a salirse de las normas establecidas. Pero dentro de ellas hacen a veces cosas admirables.

Los franceses, que son buenos gustadores de novelas, están traduciendo y devorando casi toda la producción inglesa y norteamericana. Nadie se atreve a negar a esas novelas la justeza y exactitud del carácter de los personajes, la fuerza y la realidad de los efectos y pasiones, la armonía y la gracia en la composición. Se hacen magníficas novelas "standard". Hay que convenir que en el realismo igualan los norteamericanos al mejor Flaubert, y en el naturalismo a Zola. Pero no basta. Zola y Flaubert murieron hace tiempo.

Todo el mundo espera de los Estados Unidos el milagro. El milagro literario, como tienen el milagro en la medicina, en la física, en la industria. Exigir tanto de los Estados Unidos es poco razonable y responde a veces a una reacción resentida y de mala fe. Los norteamericanos no han dicho que tengan la bomba atómica en literatura. Hacen lo que pueden y lo hacen bien. En materia de arte son humildes y atentos. Escuchan a los otros.

A veces los ingleses y los norteamericanos ensayan la novela experimental y el experimento suele ser rico en licencias de todas clases. Un autor inglés que se llama Walter Baxter, y que publicó hace algunos años su primera novela con un éxito de escándalo, acaba de publicar la segunda. Se titula "The Image and the Search", es decir, "La Imagen y la búsqueda". Aunque los críticos la han recibido bien, hay uno, del "Sunday Express", de Londres, que dice: "Esta novela no debió haberse publicado. ¿Por qué una firma editorial de buena reputación permite que ese libro entre en las bibliotecas y en los hogares de Inglaterra?" En el suplemento literario de la misma publicación a la siguiente semana la casa editora publica una nota diciendo que el libro ha sido retirado de la circulación y que la empresa renuncia a venderlo. He aquí un caso poco frecuente. El dinero se puede ruborizar también. El comerciante en ideas estampadas y encuadradas muestra de pronto que tie-



ne un delicado sentido moral.

He leído la edición norteamericana. La novela, en líneas generales, es la circunstanciada exposición de la vida erótica de una mujer: Sara Valmont, cuyo nombre recuerda vagamente el de una heroína de las famosas Liaisons dangereuses", de Lacló.

Sólo un autor inglés podía describir la vida amorosa de una mujer de costumbres tan desenfundadas con respeto. Baxter, además de respeto, pone fruición y caballerosa humildad. Un francés y un escritor de lengua hispánica no resistirían a la tentación de hacer humor o ironía o sátira. Baxter trata a esa mujer con la atención y la curiosidad noble con que son tratadas en Inglaterra y en los Estados Unidos toda clase de mujeres cual quiera que sean sus costumbres. No hay duda de que el resultado es notable.

Lo que sucede en el libro, para decirlo con pocas palabras, es lo siguiente: Sara, muchacha muy rica, sufre un accidente de automóvil en Francia. Su amante re sulta muerto, y ella, herida, y, como es natural, con un fuerte sentimiento de culpabilidad.

Poco después, Sara, curada de su lesión física y restablecida a medias de su contrición, conoce al piloto inglés Robert Middleton y se casa. Se trata de esta vez de una pasión que en Sara tiene los caracteres (un poco masculinos para nuestro gusto latino) de la conquista con todos los derechos de iniciativa. Comienza la guerra y el piloto desaparece un día en las costas de España. No se sabe si ha muerto, si ha caído prisionero o si vive oculto en algún lugar y tal vez herido o enfermo. La joven esposa pasa por todas las formas de la angustia. Poco a poco va acostumbrándose a la idea de haber perdido a su marido y trata de encontrar en otros hombres un eco de su anterior pasión. La complejidad y la fuerza de los sentimientos de Sara alcanzan esas profundidades que solo se ven en las personas que viven para el amor y que hacen de él la base y el norte de su vida sensual, efectiva, moral e intelectual.

Naturalmente, Sara va a España buscando la sombra de su esposo y se consume en vanas ilusiones y en raras y confusas experiencias. Por fin, abandonada a una sorda desesperación, se marcha a la India. Allí tiene el padre de Sara plantaciones que proporcionan las materias primas

para la industria en la que se basa su fortuna.

En la India, Sara comienza a mirar hacia adentro con algo más que curiosidad. Hasta entonces ha vivido arrebatada por los sentimientos y las pasiones, es decir, más bien por la pasión absorbente de Robert, cuya imagen la persigue y al mismo tiempo parece huirle. Desde su llegada a la India todas sus ansiedades van fundiéndose en una sola: la necesidad de conocer el sentido de lo que ha hecho y de lo que está haciendo. A la angustia ya conocida se une la curiosidad metafísica que la lleva sólo a una confusión mayor.

La heroína pasa por diversas experiencias en Bandhu, en Anapura. Y va a dar — rara resolución — en una iglesia, que no es genuina de la India: el catolicismo. La comprensión católica del pecado y la teológica discriminación del bien y el mal que a menudo establecen sabias reciprocidades (la relación del pecado con el dolor y la gracia) abre a Sara nuevas ventanas hacia un horizonte tan infinito como el de su angustia, pero en el cual su alma puede descansar.

La India de Walter Baxter no es la India de las descripciones impresionistas. No nos ofrece Baxter en ella el peligro de desintegración de las tierras calientes ni siquiera el misterio religioso hindú como base de sus emociones. Ninguno de los tópicos establecidos por la costumbre se impone en esta novela densa y, al mismo tiempo, ligera, vibrante y animada por corrientes de altura y por corrientes subterráneas. El mundo de los instintos se va confundiendo con el de las más altas apetencias del espíritu. El autor tiene la intuición justa del misticismo oriental como nosotros creemos entenderlo a través de la mística española.

El libro abunda en páginas de un realismo atrevido, más atrevi-

do artísticamente que moralmente. La expresión literaria tiene límites también, al margen de la moral misma. Leyes de lo posible y lo intolerable. Aunque esos límites cambian con las generaciones y las costumbres.

La India es en estos días uno de los temas preferidos por la novela, el teatro y el cine. Muchos síntomas hacen de esa curiosidad de los escritores por la India algo como una profesión. No sería extraño que antes de mucho la India fuera el foco de una gran crisis, tal vez la más dramática de la historia moderna. La literatura se adelanta a menudo, por un oscuro presentimiento. Naturalmente, no es esa la razón por la cual los editores han recogido el libro en Inglaterra, sino por su crudeza realista en materia erótica.

Yo creo que así como en un mal libro todo es inmoral, en un libro bueno las crudezas, si las hay, forman parte de un conjunto cuyo valor rebasa la estrechez de la moral ordinaria. No va el libro de Baxter tan lejos como muchos libros clásicos. Tan lejos como las narraciones de Apuleyo o del "Satiricón", de Petronio. O de nuestra "Celestina". En estos tiempos, "Ulyses", de Joyce y algunas páginas de Gide son más atrevidos. El libro de Baxter no rebasa los límites ya conocidos y, desde luego, se queda por debajo de la imaginación del adolescente mejor educado.

Como suele suceder, el escándalo favorecerá al libro. No creo que las virtudes de otro orden sean tantas que el escándalo dé al autor una especie de consagración, como sucedía con "Flores del Mal", de Baudelaire o "Madame Bovary", de Flaubert. Tampoco el libro de Baxter ha sido denunciado a los tribunales, como lo fueron estos dos libros franceses. El caso es muy elocuente, porque tal vez es el único de autocensura que registran los anales del mundo editorial moderno.

PENTECOSTES

*Si este fuego prendido duplicara
en mi pecho su impulso,
ascenso del oscuro
torbellino, de fe me lo llenara.*

*Blanquísima Paloma, levantara
—felicidad radiante,
lucero de la tarde—,
tu nombre cristalino. Me gozara*

*Repetiendo, cantando: ¡Salve! Salve!
Príncipe de la Luz.*

*Por el Pez, por el Toro ¡Salve! Salve!
Príncipe del azul.*

*Por el León, por el Aguila ¡Victoria!
Blanquísima Paloma levantada.*

SALVADOR JIMENEZ CANOSSA

HUERTO DE SOLEDAD

Obra analizada: HACIA NUEVOS UMBRALES, poemas de Roberto Brenes Mesén. — 1913.

Distinguido señor Director:

El segundo libro de poemas de Roberto Brenes Mesén fue editado en 1913. Se titula **Hacia nuevos umbrales**. Tiene composiciones escritas entre 1900 y 1913. Unas fueron pensadas en nuestra tierra, en la capital y en una de las provincias, la que más ingrata fue con el Artista. Otras fueron redactadas fuera de la Patria, en Nueva York, en California, en Filadelfia, en Boston y a orillas del Ontario.

El Poeta orienta su nave lírica hacia nuevos umbrales. Hacia solitarias islas de ensueño. Sigue el rumbo elegido a pesar de un medio ambiente contrario, negativo, cerrado a toda innovación, cualquiera que ésta fuese. Alguien podría afirmar que la de Brenes Mesén fue una iniciación difícil. Sin embargo, eso no es verdad. Su temperamento artístico, la sinceridad profunda que sentía hacia los propios ideales, le concedieron un valor ético indiscutible y un aliento estético sin límites.

Hay, en él, un sincero individualismo, una serena conciencia de la propia personalidad. Es el yo llevado hasta las cimas, lo más alto posible. Posee un enérgico y virtuosismo en la devoción hacia la forma. Imágenes nada comunes. Se siente aristócrata pero no hasta el punto de hundirse en lo arcaico ni en lo lejano; ya sea en el espacio, ya sea en el tiempo. Acepta el pensar como un placer, como una energía edonística.

Presenta un intenso, no buscado, equilibrio rítmico. Toda su obra es la manifestación evidente de la búsqueda de un ideal, el del pensamiento profundo, bellamente enunciado.

Hay, en estas poesías, un calor íntimo. No producido por la sabia elección de las palabras. Viene de lo hondo. ¿De las ideas? De los sentimientos? De una interna armonía?

Se ha hablado de egoísmo estético, de superhombria. Si así fuera, imposible sería encontrar en esos poemas arte, belleza. La de Brenes Mesén no es poesía de auto-exaltación. Desea y logra exaltar cuanto, en el mundo real y en el imaginario le parece merecerlo. Esa exaltación nos causa placer, nos reconcilia con la Vida. En lo más hondo de nosotros mismos surge el consuelo. Con él la lagrosa, es una intensa energía creadora.

La tristeza no es nota dominante en este libro. Es cierto que aparecen elegías a lo Ovidio, a lo Propertio, a lo Catulo. Lloro, aquí, la melancólica muerte de las rosas. Lloro, allá, la angustia del alma enamorada que agoniza, que se duerme en la esperanza de volver cuando alcance los treinta años. ¡Y sólo ha visto quince primaveras!

En cada lírica, en cada estrofa, en cada cláusula rítmica se respira la paz de un recogimiento anímico. Nos sobrecoge la influencia inefable de un misticismo activo, nunca pasivo.

Hay, en todo momento, un subjetivismo que domina. Lo objetivo siempre se ve subyugado, cuando no está del todo ausente. Presenciamos la victoria del yo sobre el no-yo. Obsérvese, si no, la constante adjetivación subjetiva. Recordemos las fieles memorias del miosotis; los leopardos cautivos del silencio; el profundo dolor de vegetal de un tallo indiferente al sol del mes de mayo, con la resignación de un sufrimiento muy íntimo; la amarga conversación de música...

Se impone, a cada instante, la propia y exigente necesidad espiritual: una trágica inconformidad. Eso lo lleva al elogio sincero de la Vida en un panteísmo que le inspira el aliento eterno de la Grecia inolvidable.

Libertad sin límites. Voluntad indomable. Voluptuosidad que no es la lujuria de excentricidades locas. Dolor que, en su pluma milagrosa, es una intensa energía creadora.

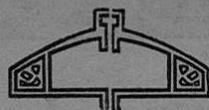
Surge, a veces, la soledad espiritual; el anhelo nunca satisfecho de una soledad que quiere imponer sus angustias. Y en esa ansia de dominio, logra lo que busca: crear, llevar a cabo una creación genial. Eso y no otra cosa es la obra total del Poeta de Costa Rica.

Quiere superar, superarse siempre. Señalar, como límite para esa superación, el infinito.

En su poesía se aprecia el viaje del alma en el alma. Dentro de sí misma. Descubriendo los propios anhelos, los propios y valiosos secretos.

No ve, no quiere contemplar las masas. Estudia, admira al Hombre. Porque el Hombre es quien conquista. Quien dirige. El Hombre es el audaz por excelencia.

Sugestiva la preocupación por el paisaje. Por los dos paisajes: el externo y el íntimo, el que vale más. En ese panorama de preferencia,



ASI
VISTEN
ELLAS

MARITZA
URBANO
RUIZ

*Estatua de la
gracia hecha
flor en una tar
de iluminada..
Afirmación del
sueño en plena
evocación de la
nostalgia... Luz
y canto, belle
za pura, Marit
za, canción de
los crepúsculos
....*

(Foto

Solano)



encia, más a los colores que a las formas. Más al movimiento que al reposo. Es, en resumen, un anhelo sin descanso, hacia la Belleza sin cuerpo. Hacia la Belleza pura.

Ejemplos de cuanto me he atrevido a afirmar: el ramo de inefables armonías, **Marina Pontental** que es un continuo flujo y reflujo de metáforas artísticamente seleccionadas. Otro ejemplo: la melancolía contagiosa del poema **La Muerte del Lirio**: acuéstame, mamá, sobre mis sueños, como sobre una almohada... yo entiendo lo que dicen las tímidas gargantas de las flores olorosas... Otro ejemplo: la lírica que el Poeta escribió recordando un sutil pensamiento de Beecher, **La losa en el jardín**: en todo jardín hay una losa y en toda alma, un dolor, como una tumba... ¿Para qué más ejemplos? Necesario sería ir citando todos los poemas del libro y, en cada uno de ellos, seleccionar, como flor entre flores, las numerosas imágenes felices, los muchos pensamientos profundos.

Sólo me resta hacer una afirmación que está en el pensamiento de quienes conocen la obra completa de este Artista costarricense sin igual: Con Brenes Mesén, la lírica nacional se ha transformado, se ha sublimado en lírica universal.

Un pensamiento afectuoso para el señor Director de LA REPUBLICA de

LUZ DEL ALBA

En San José, al finalizar el mágico mes de María.



Segundos que se hacen siglos...



Terrible emoción y espanto ante una tragedia inminente!

Hay que estar siempre alerta y siempre preparado. Usted sabe que esas emociones se presentan en un instante.— No corra riesgos innecesarios.— Maneje con cuidado y

Tome un **SEGURO** de **AUTOMOVIL**



Instituto Nacional de Seguros

“Se abren campañas por la libertad política; debieran abrirse con mayor rigor por la libertad espiritual; por la acomodación del hombre a la tierra en que ha de vivir.”

JOSE MARTI

“El ideal eterno de la verdad mostrada en la vida mueve secretamente al hombre, a las sociedades y pueblos, a la comunión científica, para integrar cada cual su ciencia con la ciencia de los otros y de todos, hasta hallar el pensamiento universal de la humanidad confor-

me a la verdad, y desenvolver este pensamiento PUBLICO en forma de una construcción cierta, metódica y sistemática”.

JULIAN SANZ DEL RIO

“Y tú, hombre, que gracias a mis trabajos contemplas las obras maravillosas de la naturaleza, si juzgas espantoso destruirlos, piensa cuán infinitamente peor es aniquillar una so la vida humana. Deberías pensar que esa masa tan prodigiosamente sutil nada es en comparación al alma que la habita, y en verdad, cual sea esta última, es una razón divina la que le ha dado cuerpo, permiti-

tiendo alojarla; razón que no desea, sin duda, que tu rabia o tu maldad destruyan una vida semejante, pues quien no le otorgue ningún precio ¿cómo puede para sí merecerla?”

LEONARDO DE VINCI

“Un pueblo no es una masa de criaturas miserables y regidas: no tiene el derecho de ser respetado hasta que no tenga la conciencia de ser regente. edúquense en los hombres los conceptos de independencia y propia dignidad: es la organismo humano compendio del organismo nacional: así no habrán luego menester estímulo

para la defensa de la dignidad y de la independencia de la patria.

Un pueblo no es independiente cuando ha sacudido las cadenas de sus amos; empieza a serlo cuando se ha arrancado de su ser los vicios de la venida esclavitud, y para patria y vivir nuevos, alza e informa conceptos de vida radicalmente opuestos a la costumbre de servilismo pasado, a las memorias de debilidad y de lisonja que las dominaciones despóticas usan como elementos de dominio sobre los pueblos esclavos”.

JOSE MARTI